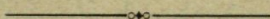


CAPÍTULO NOVENO

LA REVOLUCIÓN EN LAS CALLES



ARTÍCULO PRIMERO

EL CORTO NÚMERO DE LOS INCENDIARIOS



ADO ya
con el
arrastra-
miento
del toro
el grito
público
de revol-
ución,

lanzáronse a la obra sus ejecutores. Mas antes de describirla juzgo necesario distinguir entre revueltas y revueltas. En unas la inmensa masa del pueblo, encendida de un deseo particular, sea de amor, sea de odio, sea de venganza, al verse favorecida por un accidente, casual o preparado, se lanza por mil puertas a la calle; se junta en grandes gavillas, o en un montón compacto; y, dominando el lugar, impone por todos lados su voluntad, y muchas veces la satisfacción de sus aviesas pasiones. En otras, unos cuantos conspiradores reúnen en turba, y voceando y revolviendo, logran atraer a su derredor a curiosos y simpatizadores, y así, en nombre de un pueblo del cual no representan más que la inercia, se imponen también y llevan a obra sus empeños. En el primer caso realmente el pueblo revuelve el orden de las cosas, y cambia su faz: en el segundo sólo tolera el cambio, sea que simpatice con él, sea que el miedo a los conjurados le cohiba, sea que, falto de organización y jefes, no halle camino a impedirlo. De esta distinción entre los dos linajes de revueltas los mismos hechos que voy a describir nos darán pal-

NOTA.—La inicial procede de un misal de San Cugat del Vallés, guardado hoy en el Archivo de la Corona de Aragón.

mario ejemplo. La contra los conventos pertenece a la segunda clase, la contra el General Bassa a la primera.

Para conocer la revuelta enderezada al incendio de los conventos se debe comenzar por el estudio de la turba que lo perpetró. Los amotinados, que procedentes de la plaza de toros, se dirigieron hacia la ciudad, pasaron por la Plaza de San Sebastián, hoy llamada de *Antonio López*, y como si no reparasen en la casa religiosa de aquel nombre, o quizá movidos del mal deseo de llegar pronto a conventos de más importancia, omitieron molestarla, y siguieron adelante (1).

Sin duda la misma turba fué la que, claro todavía el día, pasó por frente de la Merced, armados sus revoltosos con sables, palos y otros instrumentos, limitándose a apedrear el convento, a romper así los cristales de sus ventanas, y a amenazar con volver más tarde. Efectivamente, durante la misma noche volvieron, pero los milicianos del vecindario, especialmente el tahonero próximo, les rechazaron como más por menor lo explicaré en su lugar (2). Y no serían muchos los incendiarios cuando unos pocos milicianos les ahuyentan.

El primer convento que se intentó incendiar fué el de San Francisco de Asís. A su puerta puso fuego, muy luego de salidos los revoltosos de la Plaza de toros, un menguadísimo grupo de tres o cuatro, grupo que unos pocos caballos de ejército ahuyentaron, y cuyo fuego un hombre apagó (3).

A molestar el convento de Santa Mónica fueron pocos, pues, según diré en su lugar, bastó para salvarlo la oposición de un hombre.

(1) Relación del religioso de esta casa don Ramón Riera, pbro.

(2) Relación del P. Benito Tiana, religioso de este convento, que lo vió desde una ventana del mismo convento. Barcelona 1.º de junio de 1880.

(3) D. Francisco Maciá, quien me lo dijo en Barcelona a 5 de mayo de 1884.—D. Jacinto Burdoy en Barcelona a 1.º de diciembre de 1881.

Siempre la turba de incendiarios contó con número corto de agavillados, pues de los testigos quien más le da, señala quinientos. Pero aun en este número hay que distinguir entre verdaderos incendiarios, fautores de ocasión y curiosos. Los primeros fueron tan pocos que, a no asegurármelo mil testigos de vista, negara crédito a la noticia. Mas aquéllos corrían de un punto a otro, llevaban antorchas encendidas, voceaban; y así llamaban la atención, así atraían tras de sí a la chusma popular, y arrastraban a los curiosos. Aquellos pocos constituían el esqueleto o nervio del movimiento; los demás, las carnes. De aquí resulta el hecho natural de que al principio las turbas no merecían nombre de tal, y después lo merecieran algo, aunque muy poco.

Además aparece de los hechos que los incendiarios se distribuyeron por los diversos conventos, yéndose cuatro o cinco a uno, seis u ocho a otro, y quizá los mismos a todos, o casi todos, unos tras otros. Uno de los ejecutores pagados ponderaba el día siguiente del atentado, ante sus compañeros, la fatiga que le costó la obra, diciendo: «Ya podían dar órdenes en casa C...: nadie nos secundaba: todo teníamos que hacerlo nosotros». Y esto me consta por quien lo oyó por sus propios oídos.

Don Benito Tomás, hijo del hortelano del Carmen de frailes Calzados de Barcelona, quien como joven curioseó y vió por sus ojos lo que pasaba por las calles y plazas, me dijo estas palabras: «los que perpetraron aquel hecho fueron unos cuantos, y entonces todavía estábamos en tiempo de temor á la autoridad, y no había el descoco de hoy» (1). Y el mismo en otra ocasión añadía: «La quema no la hizo el pueblo de Barcelona, ni mucho menos, sino unos pocos comisionados para esto. Si, repito, el ataque de los conventos lo hicieron pocos, y se veía que era una trama; de modo que los

»ejecutores iban haciendo la quema en »silencio, es decir sin los gritos y el alboroto de un motín, y al mismo tiempo con »temor de ser vistos de los balcones. La »turba venía compuesta de poca gente, y »mandada por un corifeo. (2)... Aquella »revolucion no la hizo el pueblo de Barcelona, que al despertar el 26 se encontró con los conventos quemados, y salió »a verlos» (3). Y en tanto es cierto que todavía dominaba el temor, que los incendiarios de un grupo que pasó por la calle Baja de San Pedro llevaban un pañuelo que les tapaba buena parte del rostro, y no quisieron incendiar la casa de Camilos porque ya amanecía (4).

El presbítero don José Roure, que era sacristán de la parroquia de San Jaime, usando una expresiva frase, aquí vulgar, me dijo que los incendiarios «*eran quatre gats*,» es decir, cuatro atolondrados (5).

Don Pascual Maimí, almacenista de aceite, muy conocido, de la calle Baja de San Pedro, y en cuya casa acaecieron escenas interesantísimas que en su lugar referiré, me contó que un fraile venía perseguido por la turba, que se arrojó en la tienda del aceite, que de ella le sacó aquélla, y que en la calle, en el umbral de la misma tienda, la turba le mató. El señor Maimí, pues, que tan de cerca vió la turba, me aseguró que al principio del hecho de su casa sólo se componía de unos pocos pilletes, bien que luego durante la tragedia aumentó con algunos hombres (6).

Don Bartolomé Parera, droguero, que tenía su tienda en la calle de Fernando, esquina a la de Aviñó, bajo el convento de la Trinidad, me refirió que la turba puso fuego a una verja de madera que en la últimamente dicha calle de Aviñó cerraba la entrada al callejón del Naza-

(1) Me lo dijo en Barcelona a 17 de enero de 1893.

(2) En Barcelona a 5 de octubre de 1892.

(3) En 15 de abril de 1897.

(4) D. Melitón de Llosellas, que los vió y oyó. Barcelona 6 de diciembre de 1880.

(5) En Barcelona a 4 de marzo de 1895.

(6) En Barcelona a 16 de febrero de 1882.

reno; que los incendiarios fueron por aguarrás, o sea el líquido inflamable, a su casa de Parera, quien les negó que tuviese; y que, ausentados los incendiarios, él y otros dos vecinos apagaron el fuego. Pues bien, Parera añade que, descontados los curiosos, los que obraban eran pocos (1).

El conocido y honradísimo abogado Don José Buhigas y Raspall, en julio del 1835, vivía en un piso de la casa, propia de una señora Quiqueri, marcada hoy de número 17, en la Rambla de Capuchinos o del Centro. Desde su balcón vió a los amotinados que fueron a incendiar el convento de Trinitarios descalzos, ahora Liceo, y luego, pasando por la misma acera de él, el de Carmelitas descalzos, o sea de San José; y testifica el señor Buhigas que los incendiarios no formaban grandes turbas, sino grupos de ocho o diez hombres. Añadióme que por curiosidad pasó toda la noche en el balcón, y que nunca vió grandes masas, sino siempre menguados grupos de ocho o diez hombres; y que la generalidad de la población permaneció retirada en sus viviendas con más temor que osadía (2).

Un anciano que se muestra muy enterado de los hechos de aquella época escribe de esta revuelta: «Se cree que la »consigna estaba dada con mucho sigilo, »y se sabe que el grupo de desalmados »que impunemente fué incendiando los »conventos en Barcelona, era poco numeroso, y que una parte del vecindario y »las autoridades contemplaban atónitos »el desastre, mientras que otros se »cerraron en sus casas aterrorizados» (3).

De Don Angel del Romero, testigo ocular de los hechos, son las siguientes palabras, dichas a mí: «El tumulto fué creciendo, pero en él había muchas mujeres,

»y además los grupos no fueron muy »numerosos» (4). En iguales términos se me expresó el abogado Don Antonio Carrera de Ortega, que en 1835 vestía el uniforme de miliciano de Artillería.

La turba se dirigió muy pronto al convento Trinitario de frailes descalzos, hoy Liceo, pero parece que una fuerza de caballería, que en aquel momento acertó a pasar, los arrojó. Mas muy luego volvió, o quizá mejor, no se movió, pues, concorde con Rauli en lo referente a la hora, un corista agustino del convento de Barcelona, entre ocho y nueve de aquella noche, desde su próximo cenobio, vió arder el de Trinitarios descalzos; y un respetabilísimo vecino de enfrente, el venerable abogado Don Pedro Vives y Cebriá, contaba que en poner el fuego a dicho convento tuvieron los incendiarios que emplear mucho rato, porque el voraz elemento no prendía. Añadía Don Pedro que una compañía de tropa, impasible y sin moverse, presencié el hecho de incendiar el convento, la que, a quererlo, con sólo usar de amenazas, hubiera podido ahuyentar de allí a los criminales (5). Y son varios los testigos que adveran la presencia e impasibilidad de la tropa ante este incendio.

Como nos refirió ha poco el señor Buhigas, de la Trinidad pasaron los incendiarios a San José, que fué uno de los primeros cenobios que ardió.

El Padre Felipe Castells, carmelita descalzo de esta casa de San José, de Barcelona, situada donde está hoy el mercado del mismo nombre, me escribió desde Tortosa estas palabras, referentes a la noche del 25 de julio de 1835: «Por »fin íbamos retirando cada cual á su celda. Serían las 9 de la noche, y yo que »tenía la mía cerca de la reja que daba á »la Rambla, curiosamente me acerco á »dicha reja, y veo que de la parte de »Atarazanas venía una multitud gritan-

(1) Me lo dijo en Barcelona a los 23 de septiembre de 1887.

(2) Me lo atestiguó repetidas veces en Barcelona a 21 de diciembre de 1888.

(3) En el *Diario de Barcelona* del 9 de febrero de 1908, pág. 1729.

(4) En Barcelona en abril de 1890.

(5) Me lo dijeron dos verídicas personas que lo oyeron de sus labios.

»do (no entendí lo que decían), y siguen-
 »do á unos cuatro ó seis, que con los
 »brazos levantados llevaban una antor-
 »cha encendida en cada mano. Me causó
 »mucha novedad aquello; no malicié lo
 »que era. Seguían bramando hasta que al
 »llegar frente á la iglesia se acercan á
 »ella, y empiezan á dar fuertísimos gol-
 »pes al rastrillo de hierro, que en pocos
 »momentos cedió, y vino al suelo. Cuando
 »ví aquello doy un fuerte grito: ¡Ya están
 »aquí! Han tirado el rastrillo á tierra y
 »prenden fuego á la Portería, sálvese
 »cada uno como pueda, ya están den-
 »tro!!» (1). Esta turba entró en el convento; luego otra, o mejor, parte de esta, penetró en el templo, como nos lo dirá en su lugar un testigo presencial. Aunque en esta relación Castells califica a los incendiarios de turba guiada por cuatro o seis, débese considerar que, desacostumbrados los frailes a las conmociones populares, tomaban por tales lo que hoy llamaríamos sólo grupo. Además, el miedo y terror que luego dominó al Padre Castells le aumentó probablemente el número de los perseguidores.

También quizá se objete aquí una contradicción entre el dicho de arriba de don Benito Tomás y el del Padre Castells, en cuanto afirma el primero que los incendiarios obraban en silencio, y dice el segundo que la turba profería grandes voces. Los dos testifican la verdad, pues los directores de la ejecución de la trama, los que formaban el esqueleto del motín, iban pocos y en silencio, al paso que la turba allegadiza de pilletes, descamisados y mujeres, siempre empero menguada en el número, gritaba según su condición ruin.

Disienten, es verdad, en el número de incendiarios de San José dos testigos de vista que llevo interrogados; pero ninguno le da grandes turbas populares. Don Ramón Nivera, que presencié por curiosidad el ataque, los pone en unos sesenta

hombres, al paso que un joven aprendiz que, engañado por el mal ejemplo de los oficiales de su taller, tomó parte en la revolución, sólo les señala unos veinte. Resulta de todos modos un número menguado. Es verdad que el señor Nivera añade que en la Rambla, frente al convento, en los momentos del incendio y mientras se entraba en el cenobio y ponía el fuego, la turba era mucha, pero indudablemente de curiosos, cosa natural en aquel lugar, en aquel espectáculo, en aquella hora del anochecer y en aquel día festivo y de gala (2).

Los varios testigos presenciales que llevo interrogados sobre el incendio de San Agustín convienen también en el corto número de los incendiarios. El Padre Mariano Sorder, que con los demás jóvenes frailes se defendió de ellos desde las ventanas, certifica que eran tres o cuatro los que acudieron con la leña y las antorchas, y que sólo cuando se vieron repelidos por las pedradas de los dichos jóvenes llamaron, y acudió a su auxilio, una turba más numerosa que ocupó la calle del Arco de San Agustín (3). Concuerta con el testimonio del Padre Sorder el del Padre Don José Tintorer, otro de los jóvenes defensores, quien dice que aparecieron los incendiarios en la esquina, y que al frente de ellos marchaba un caballero llevando una botella en cada mano, que le seguían tres o cuatro cargados de los haces de leña, y que el número de los incendiarios sería de unos siete u ocho (4). Un tercer testigo Don Juan Camaló, anciano y conocido hojalatero, que vivió muchos años en el cruce de la calle del Regomir con la de Gignás, en 1835 era alcalde del barrio; y como tal tenía unos quince fusiles, con

(1) Carta escrita desde Tortosa en 18 de febrero de 1882.

(2) Me lo dijo Nivera en Barcelona a 31 de marzo de 1882.

(3) Relación escrita que redactó un amigo mío dictándole el P. Sorder.

(4) Relaciones del M. I. Sr. D. José Tintorer, de Barcelona el 17 de mayo de 1880, y de Calella el 25 de septiembre de 1893.

los cuales y otros tantos vecinos se le hacía a las veces patrullar. En la nefasta noche Camaló recibió orden de patrullar. Al darme Camaló esta noticia, que ciertamente por nueva me sorprendió, le pregunté: «¿y no le añadieron á V. orden de »evitar los atropellos contra los conven- »tos?» A lo que contestó: «Ca, hombre; si »el Gobierno» (*quiere decir los que go- »bernaban aquí*) «era el que hacía la cosa. »Ellos mismos atizaban. Yo patrullando »pude ver algo. En San Agustín estaba »Ayerve de uniforme á caballo con una »partida de caballería, en la plaza, miran- »do tranquilamente como los revolucio- »narios atacaban aquel convento. Y los »que atacaban era cuatro canallas. Re- »cuerdo que uno de ellos era un jorobado. »Si me dejan obrar, con solos cachetes los »echo de allí. Créame V., cuando la auto- »ridad no quiere, excesos como estos no »se cometen» (1). Conformes, pues, los tres testigos, convienen en el corto número de los incendiarios de San Agustín.

Dos solos hombres pusieron el primer fuego al templo del Carmen calzado, según relación de un varón honrado que lo vió. Vinieron del lado de San Agustín por el callejón de Cervelló, clavaron la tea en la puerta de dicho templo, y con la antorcha que llevaban la incendiaron. Retiróse luego tan odiosa pareja hacia la Rambla (2); pero a poco apareció una turba como de 30 a 40 hombres, y éstos, a pesar de la oposición de una sección de artilleros y de la decidida de su jefe, penetraron en la iglesia, y la entregaron a las llamas. Es verdad que durante la contienda de palabras mediada entre los revoltosos y el oficial aumentó el número de aquéllos, pero siempre debe ser calificado de exiguo para actos de revolución. Quien me dió esta postrera noticia, testigo presencial, y actor en

aquella revuelta, insistió en su relato en que en todas partes el número de los amotinados era pequeño (3).

El carmelita calzado Padre Lector Jaime Roig, persona de talento y seso, que en la noche fatal se hallaba en su convento de Barcelona, escribió después un opúsculo que permanece inédito, en el cual en forma de diálogo entre un Don Patricio y un Don Maximino se razona sobre aquellos hechos. De él tomo las siguientes líneas: «—¿Es verdad, Sr. Don »Maximino, preguntó Don Patricio, que la »noche anterior (*la del 25 de julio*) duran- »te los incendios un gentío inmenso pobla- »ba las calles, y asistía como á un espec- »táculo á tan horribles escenas?

»—V. me cita textualmente, contestó »Don Maximino, palabras que escribió un »historiador revolucionario con la malig- »na intencion de hacer ver cuanto habían »cambiado, como lo dice él mismo más »abajo, las ideas del pueblo respecto á la »Religion y á los conventos. Por la honra »de la casi totalidad del pueblo de Barce- »lona debo declarar que aquello de gentío »inmenso es una villana falsedad: hubo, »sí, muchos revolucionarios que recorrie- »ron los puntos del incendio» (*el día siguiente*) «gozándose diabólicamente en »contemplar las llamas; y hasta una »mujer de la calle del Cármen salió de »casa para ver mejor las de la iglesia de »aquel nombre, y exclamó alborozada: »Mucho han trabajado tan poca gente, »pero la inmensa mayoría de los barce- »loneses estaba encerrada en sus casas, »escandalizada y consternada. (*No tanto*). »Poco antes de decir las palabras que »V., Don Patricio, ha citado de aquel his- »toriador, cae éste en una palmaria con- »tradicción, pues dice que vanos fueron »cuantos esfuerzos emplearon las autori- »dades, faltas de medios de represion »para cortar los horrores de aquella »espantosa noche. Y después, casi á ren- »glon seguido, añade: No eran muchos en

(1) Me lo dijo en Barcelona a 5 de febrero de 1882.

(2) Relación de D. Francisco de Sagarra, que habitaba la casa contigua al convento. Barcelona 5 de octubre de 1881.

(3) Relación del aprendiz que tomó parte en la revolución. Barcelona en distintas ocasiones.

»número los que componían las turbas incendiarias. Pues, señor, si tan pocos eran (como realmente lo fueron), ¿á que viene decir que las autoridades carecieron de medios para reprimirlos?»

En la plaza de los Angeles, formando esquina con la calle del mismo nombre, alzabase la fábrica apodada *Cán Casaca*, propia de los señores Pons. Don Miguel, hijo del dueño, interrogado por mí sobre la magnitud de la turba, me contestó que la vista por él se compondría de unos sesenta, u ochenta, o quizá cien hombres; pero que no era la *turba multa* de otras revoluciones que los añosos hemos visto (1).

El Sr. Don José de Amat y de Desvalls en 1835 era capitán de Artillería de guarnición en esta ciudad. Por la tarde del aciago día de Santiago asistió con su esposa a los toros, de donde, al ver la revuelta de allí, se retiraron a casa, que la tenían en la plaza de Santa Ana, esquina a la calle del Gobernador. Al pasar ellos por frente San Cayetano, el Hermano portero abría la puerta del templo para la función de la noche, por cuya razón el señor de Amat le avisó que la cerrase diciéndole que estaba armada una jarana. Llegado el capitán a su vivienda, asomóse al balcón; y como viese pasar por la plaza al señor de Delás, Barón de Vilagayá, y éste le preguntase: «¿qué haces, cómo no vas á las filas?», le contestó: «hago lo que tú»; esto es, lo que un paisano, indicando la carencia de órdenes. Sin embargo, en virtud de la del día, publicada en los diarios, se fué al cuartel, el cual estaba situado en el extremo superior de la Rambla de Canaletas, en el límite entre ésta y la plaza de Cataluña, en el edificio que fué antiguamente universidad.

Aquí paseábase frente del cuartel con Don Joaquín de Cabanyes, oficial también de Artillería, cuando vieron que unos quince o dieciséis mozalbetes, no de la

baja plebe, sino currutacos de más alta clase, ponían fuego en el convento del Buensuceso de frailes servitas. Los dos dichos oficiales y otros dos, movidos de su buen corazón cristiano y noble, corrieron allá, y se esforzaron en disuadir del atentado a los jóvenes. Estos, insistiendo en su empeño, decían que los frailes eran pillos y pícaros; mas los militares les contestaron que, de poner fuego al convento, sufrirían igual perjuicio las casas vecinas. Así diciendo, y a palos, los dichos artilleros echaron de allí a los currutacos incendiarios, y poniendo en la puerta cuatro soldados de su cuerpo y un cabo, quedó toda la noche salva la casa servita. Añadióme el señor de Amat, de cuya boca oí esta relación, que ni en toda la noche, ni el día siguiente, los artilleros de aquel cuartel recibieron orden alguna superior, ni para hacer fuego, ni dejar de hacerlo; de modo que aquellas circunstancias brillaron por la carencia de órdenes superiores (2).

En el convento de frailes calzados de la Santísima Trinidad unos pocos pusieron fuego en la puerta de la hoy calle de Fernando VII, tan pocos que bastaron un oficial y algunos, también muy pocos, soldados para ahuyentarlos. Me lo contaron mil veces mi madre y mi abuela, que vivían frente del templo, diciéndome que, al acercarse los militares, los incendiarios se retiraron, pero se pararon en la esquina de uno de los callejones que dan frente del templo; que el oficial con la punta de la espada fué separando los troncos encendidos y apagándolos, mientras los incendiarios desde la dicha esquina le insultaban a él y a sus soldados, a lo que el oficial no respondía palabra, sino antes por el contrario decía a los suyos: «chicos, silencio, no contestar; chicos, juicio». Tal proceder del militar prueba la honradez de su corazón, y la falta de apoyo de quien debiera haberle apoyado.

(1) Me lo dijo en Calella a 5 de septiembre de 1894.

(2) Me lo dijo en Barcelona en 28 de junio de 1880 y 16 de febrero de 1885.

Que después compareció allá mayor turba, me lo dijo uno de los religiosos de la casa que la miraba desde la de Ortega, contigua al convento, y que fué refugio de los frailes ancianos aquella noche; pero que bastó una partida de tropa extendida ante la fachada del convento para salvarle. Empero háceseme inverosímil este acto de la tropa, y hallo mucho más verosímil el dicho de un vecino de enfrente, zapatero, que por muchos años me calzó, el cual contaba que a cosa de las diez o diez y media compareció la turba ante la Trinidad calzada, y puso fuego a la puerta de la capilla del Remedio, la que llegó a chamuscarse. Que entonces acudieron los vecinos, entre ellos quien me lo refería, y entremetiéndose en la muchedumbre, y alegando que el fuego se propagaría a las tiendas del convento, que estaban habitadas por particulares, lograron disuadirla. He aquí las gráficas palabras del honrado zapatero: «¿*Qué feu?*», dijo, «*¿qué dimoni feu?* ¿No veieu que hi ha los vehins de las botigas? ¿Que os penseu que tots son frares?» y como en las turbas todo el mundo manda, cada uno se fué apartando por su lado, y quedó libre el convento (1).

Cosa parecida aconteció con el convento capuchino de la misma calle, de donde, según un religioso acogido a una casa vecina, la turba fué apartada por los vecinos, validos del mismo argumento de los de la Trinidad; y según un transeunte que acertó a pasar por allá, la turba, que estaba compuesta de unas cuantas mujeres y algún hombre, fué separada por un pelotón de ejército. Opino que en distintas horas sucedieron cada una de ambas cosas.

El lego capuchino Lorenzo de Barcelona, al ver el peligro de su vida, pasó a casa de un vecino del cenobio; de donde, disfrazado y gritando: «¡Viva la libertad!» salió a la calle y huyó. Pero he

aquí que, al pasar por la Riera de San Juan, los revoltosos le cogieron para que les ayudase en el incendio de San Francisco de Paula de frailes mínimos; mas se escabulló y escapó. De todos modos prueba el hecho la falta de brazos que sentían los incendiarios cuando tenían que acudir a auxiliares forzados (2).

El convento dominico de Santa Catalina sufrió varias arremetidas: en la primera los incendiarios no pasaban de diez y en la segunda de veinte, bien que se vieron allí algunos curiosos (3). Un señor, que cruzó por allí cuando se ponía el fuego en una de estas arremetidas, me aseguró que él por sus ojos vió ponerlo, que los agresores eran tan pocos que hasta le parecía si quien pegaba el fuego era una mujer. Me afirmó la completa ausencia allí de tumulto, ni multitud de gente; y me añadió: «Seis hombres con palos indudablemente bastaban para impedir el crimen» (4).

El fraile de este convento, Padre Romualdo Espinás, al huir del peligro se guareció bajo la hospitalidad de una tienda de panadero, de gente amiga, situada en la calle de Moncada, frente de la calle de Boquer. Allí desde los cristales del entresuelo por sus propios ojos vió una turba de incendiarios que procedían del lado del Borne y calle de Moncada, y se enderezaban a Santa Catalina. Sumaban ocho o nueve. Iban unos en mangas de camisa, otros con levitas blancas y pantalones de *lenquines*. Llevaban la cabeza cubierta con pañuelos atados, y en sus manos relucían armas de distintas clases. Pasaron por la calle de San Jacinto, y atacaron la puerta del mismo Santo. Arriaron a ella haces de leña y les pusieron fuego. Por dos veces los vecinos acudieron, apartaron a los incendiarios, y con

(2) Relación de Fr. Jerónimo Martell. Sarriá 19 de julio de 1880.

(3) Relación del citado aprendiz de 7 de febrero de 1889.

(4) Relación de Don Manuel Oller y Pallarol en Barcelona a 27 de febrero de 1884.

(1) El dicho zapatero se llamaba D. Antonio Calsina. Me lo dijo en Barcelona a 23 de noviembre de 1881.

agua apagaron el fuego. Reforzados, empero, después aquéllos con mayor turba, amenazaron a los vecinos con echarles al fuego. Don Tomás Illa y Balaguer, entonces concejal, acudió a buscar fuerza armada, y hallada, la encaminó por sí mismo al templo citado; pero viendo por un lado que la tropa no quería obrar, y por otro que la turba se dirigía ya en contra de él, tuvo que cejar (1).

Un señor ya entrado en años y digno de respeto, de nombre Don Francisco de Paula Codina, considerando que las masas populares no tomaron parte en la revuelta del día 25 de julio y si solo unos pocos, me dijo: «A mi parecer, a existir »entonces en Barcelona los centros católicos de hoy, éstos por la decisión de »sus individuos evitan el crimen» (2).

Otro anciano, Don Francisco Plá, que presencié los hechos, preguntado por mí si eran muchos los incendiarios, me contestó, que los grupos eran bastantes, pero de curiosos; que los incendiarios pocos (3).

Un viejo de más de noventa años, decidido liberal, hermano del liberal herido por los religiosos paúles en la defensa del Seminario, al oír de mis labios la pregunta de si las turbas eran numerosas, dijo que «al salir de la plaza de toros »eran sólo *cuatre gats*, pero después »aumentaron». Y como no ponderó ni encareció este aumento, hallo cuerdo ponerlo en unos cuantos *gats* más, siempre resultando un número corto.

El capitán general don Manuel Llauder, en la alocución que dirigió al pueblo barcelonés a las pocas horas del incendio, es decir el 27, al partir para Mataró, alocución que más adelante copiaré, califica a los incendiarios de «un puñado de »asesinos, que sería mengua prolongase »sus crímenes....» (4).

(1) Relaciones del P. Romualdo Espinás en Barcelona en enero de 1886 y 21 diciembre 1880.

(2) En Barcelona a 17 de enero de 1889.

(3) En Barcelona a 25 de febrero de 1896.

(4) *Diario de Barcelona* del 28 de julio de 1835, pág. 1665.

Terminemos esta enojosa reseña de declaraciones con el dicho de un testigo mayor de toda excepción, de quien escribió y publicó relaciones del hecho inspirándose en Rauli en varios puntos, y hasta copiándole. Declama así contra los frailes como contra los asesinos; y poetiza el relato, resultando éste al fin y al fallo ridículo. Es Don Víctor Balaguer, quien, no obstante haber antes presentado a las turbas como numerosas, o mejor, como populares, escribe, hablando de las amenazas de castigos que publicaron las autoridades en los días posteriores al crimen: «Parecía que se trataba de castigar á Barcelona, y Barcelona no era »culpada.— No lo era, no.— Los hombres »frenéticos que en la noche del 25 habían »recorrido las calles blandiendo el puñal »asesino y la tea incendiaria, no eran »habitantes de Barcelona. Muy pocos »fueron los que se hicieron notar en las »filas del populacho» (5). Y como los forasteros en número de poderse llamar masas, o turbas, nadie los vió, ni los nombra, resulta probada mi afirmación.

Sin embargo, amigo escrupuloso de la verdad, diré, que es natural conjeturar que en el ataque de la casa de los Paúles, o Seminario, el número de los revoltosos subiese a mayor grado, porque allí hubo verdadera refriega entre los incendiarios y los religiosos, porque ésta duró muchas horas, porque se hallaba en barrio donde abundaba y abunda la gente allegadiza de mil lugares y de opinión avanzada, y porque se efectuó en horas tardías de aquella noche.

No dudo que la prolija prueba testifical que acabo de aducir ha de haber fatigado al lector; pero considere éste que el corto número de los ejecutores del crimen constituye uno de los sólidos y necesarios fundamentos para probar el complot tan premeditadamente tramado, y la culpa grave que en tolerarlo cometió la autoridad, al paso que pinta en buena

(5) *Los frailes y sus conventos. Madrid y Barcelona, 1851*, tomo II, pág. 412.

parte la fisonomía de aquella revolución. He aquí porque los autores revolucionarios muestran tanto empeño en presentar el hecho como obrado por grandes masas, y porque debió mi pobre pluma esforzarse en desmentirles. No, no, los ejecutores, el esqueleto de aquella revuelta, fueron muy pocos; las carnes, es decir, la chusma allegadiza, los chiquillos y curiosos, algunos más, que nunca pasaron de docenas y a lo más de unos pocos centenares.

ARTÍCULO SEGUNDO

GENTES QUE FORMABAN LA TURBA

De lo hasta aquí escrito puede ya deducirse el abigarrado aspecto de la turba, y cuáles fuesen sus componentes, pues en ella se mezclaron, en diabólico lazo de odio, gentes de todo linaje, edad, sexo y clase. En el artículo anterior nos dijo el noble capitán de artillería Don José de Amat, que los incendiarios que fueron a poner fuego al convento servita eran quince o dieciséis mozalbetes currutacos de clase no baja. Un joven que vivía frente a los Agonizantes, desde su casa, poco antes de amanecer vió pasar por la calle Baja de San Pedro un grupo de revoltosos, algunos de ellos gente de levita; quienes, para quedar ocultos, llevaban un pañuelo en la cabeza que, bajando por los lados del rostro, tapaba las patillas y parte de las barbas. Al cruzar por frente de la casa de Agonizantes, o Camilos, preguntó uno de ellos: «¿y á aquets que no'ls fot... foch?» A lo que otro contestó: «No, que ja's fa de dia», o sea: «¿A estos no les ponemos fuego?» —«No, que ya amanece» (1).

De Don Francisco de Paula Capella, que presenció el incendio del convento de Trinitarios de la Rambla, proceden las

siguientes líneas: «Una cosa tengo presente que no podré olvidar nunca. Todos los incendiarios vestían iguales trajes (sería del grupo que él vió): pantalón blanco y en mangas de camisa, con tirantes cruzados á la espalda.

»Aun me parece verlos con sus teas incendiarias y con sus botellas explosivas arrimarse y prender fuego á la casa de Dios.

»Entonces, consumada la obra, el piquete de caballería se acercaba á la turba de asesinos y les decía como en burla:— «Este ya está quemado; ir por otro» (2).

Que también en la turba figuraban forasteros, al parecer, del campo de Tarragona, nos lo certificaron ya arriba dos testigos; uno, fraile, que los vió por sus aterrados ojos en el ataque de San Agustín (3), y otro, que también los vió, y por cierto a uno de ellos como guiando el motín del arrastramiento del toro, en la Rambla de Santa Mónica (4).

No dejarían de tomar parte algunos de los exaltados en contra de la Religión; bien que respecto á éstos la experiencia enseña que, por regla general, si por un lado el odio satánico les impulsa a luchar contra la Iglesia, la cobardía les obliga á quedarse acurrucados en sus guaridas, azuzando desde ellas a los incautos a la perpetración de sus endiablados planes.

No faltaba, por cierto, ni cabía en lo posible que faltase, y aun que dejase de formar la mayor parte de las turbas, la chusma allegadiza de la pillería barcelonesa, pronta siempre a mezclarse en toda revuelta, tanto por pasión de rebeldía, cuanto para lograr ganancia, según aquel refrán de «á rio revuelto ganancia de pescadores». «La taberna de la Bomba» (calle de la Bomba) era punto de reunión de los exaltados de aquellos barrios y de otros.... se ha dicho que el día de

(1) El joven que lo vió, y me lo dijo a mí, era D. Melitón de Llosellas, en Barcelona a 6 de diciembre de 1880.

(2) *El Diario Catalán* del sábado 25 de julio de 1891, pág. 1, col. 4.^a

(3) D. Mariano Sorder en el artículo anterior.

(4) D.^a María Campins. Barcelona 18 de enero de 1888.

»San Jaime del año de 1835.... hubo allí
 »una reunión. Cuando la gente venía
 »alborotada de la plaza de toros ya con
 »el designio de poner fuego en los con-
 »ventos, los reunidos en la taberna tuvie-
 »ron noticia de ello, y salieron decididos
 »a comenzar el trabajo, uniéndose al
 »grupo en la Plaza de Palacio» (1). Mu-
 chos de los ejecutores de baja ralea eran
 gente pagada.

El aprendiz, en el artículo anterior
 varias veces citado, refirióme que ardiendo ya la cortina de la puerta principal del templo de San José, entró él por una de las dos de los lados en el templo; que en éste halló casualmente una bayoneta, con cuya adquisición se creyó más rico que si hubiera encontrado mil duros; que corrió con ella a un cepillo de limosnas de un altar para forzarlo, pero que al llegar se encontraron allí cuatro llevados del mismo no santo intento; que abrieron la cajita, mas que donde creyeron hallar un capital, solo encontraron miserables ochavos (2). Y mientras tales mañas se ejercitaban en el templo ya invadido del incendio y del humo, humo que obligó al aprendiz á huir de la iglesia, otros, no menos listos, recorrían el convento, y arrebatában lo que podían (3). La sacristía no quedó libre de las osadas manos amigas de lo ajeno. Una persona que entró en el templo con la chusma al ir ésta a poner el fuego, me dijo que los más de los invasores de la iglesia de allí se veía iban a robar, y que en la sacristía pillaron cuanto pudieron.

Un señor que vió la revolución, y del cual, fundado yo en el temor que manifestó al interrogarle, opino que tomó parte activa en ella, me contó que estuvo en San Francisco de Paula; que allí vió algunos hombres que arrimaron fajas a la puerta del convento; que las pusieron

fuego, y luego se marcharon; y que el vecindario corrió á apagarlas. Añadió que comparecieron después algunos artilleros bajo el mando de un teniente, los cuales se pararon frente a la puerta; que al cabo de un rato se presentó una turba «de hombres, que parecían demonios, »gritando mueran los frailes que son car- »listas; que el teniente les contestó si »quieren matar carlistas vayan á la mon- »taña, y no á matar indefensos como VV. »hacen» (4). De modo que la turba aludida parecía una legión de espíritus infernales.

Los chiquillos, o mejor, pilletes callejeros, abundaron en las gavillas de los amotinados (5); y que las malas mujeres desempeñaron un papel muy notable en la presente tragedia, me resulta probado por tantos testigos que considero casi imposible reseñarlos. Raro es el anciano que presencié aquellos hechos, que desde la primera palabra referente a la turba no testifique con asco la no corta parte que en ella tomaron las mujeres. Indecentemente vestidas, sólo con ropas interiores, y armadas de todas armas viles, dando gritos de exterminio, formaron parte de las turbas (6).

El Padre Juan Ferrer, en el huerto del Carmen calzado, fué hallado por la turba de mujeres, y de mano de ellas recibió treinta y tres heridas, por una de las cuales respiraba (7).

En el ya citado opúsculo inédito del Padre Lector Jaime Roig se lee con referencia al convento del Carmen, del cual el autor, siendo habitante, se finge vecino: «Como vivía yo cerca del Carmen calzado, tengo muy presente que »aquella comunidad tuvo dos heridos,

(1) *La Veu de Catalunya* del miércoles 22 de abril de 1908, pág. 1, col. 6. Edición de la noche.

(2) En Barcelona a 19 de noviembre de 1882.

(3) Relación del curioso D. Ramón Nivera. Barcelona 31 de marzo de 1882.

(4) Por caridad me callo el nombre.

(5) Relación de D. José Pachs en Barcelona a 20 de mayo de 1885.

(6) Son tantos los testigos que se hace imposible la cita de ellos.

(7) Me lo contó una respetable señora que lo tenía de boca del mismo fraile. Barcelona 30 de mayo de 1886.

»uno de ellos de muchísima gravedad
 »que no obstante sanó, y tres muertos,
 »uno de los cuales fué un joven corista
 »que habiendo salido del convento por la
 »inmediata callejuela de los Angeles, fué
 »brutalmente echado al suelo en la misma
 »calle por unas ocho ó diez mujeres, y
 »luego con sus peines, tijeras y cuchillos
 »le dejaron por muerto. Murió el pobre á
 »los tres dias en el Hospital».

En el mismo callejón de los Angeles, entonces angostísimo, bien que, a cosa de su mitad, formaba una plazuela; en este callejón, digo, o mejor en la plazuela, el fraile servita Mariano Armengol, al huir del convento, topó con la turba. Azoróse, y para librarse dióse un puñetazo en las narices: así manchóse de abundante sangre, y tendióse en el suelo fingiéndose muerto. Acercóse la turba, y luego le reconoció por la rasura. Entonces una mujerona, grandemente obesa, le descargó sobre su cabeza un terrible garrotazo, diciendo: «gracias á Dios que le he muerto, pues le he abierto la cabeza». Mas algunos de los presentes, movidos de compasión, procuraron apartarla, diciéndole: «Deja á este que ya está muerto; »ve por los vivos». En esto se acercó un piquete de artilleros, y salvó al fraile, el cual no tenía herida alguna, porque el palo de la mujer dió con la punta en una piedra, y así no llegó a la cabeza del servita (1).

El Padre Pedro Bigas, trinitario calzado, huido del convento, y recogido en la contigua casa de Ortega, contempló la turba desde los cristales de esta casa, y me la describió pintándola numerosa, compuesta de hombres y mujeres con puñales, pistolas y hachas (2).

Una pintura semejante me delineó mi respetable amigo Don Andrés de Ferrán,

quien vivía en la calle de la Canuda frente la de Bot. Desde su casa vió pasar algunos de los grupos de amotinados, y dice que constaría cada uno de unos como doscientos revoltosos, hombres, mujeres desarrapadas y en paños menores, con el puñal en una mano, y la tea en la otra (3).

Quizá aquí algún adversario pretenda ponerme en contradicción conmigo mismo alegando contra mi proposición del corto número de los amotinados los dos últimos testimonios en que se habla de turbas de unos doscientos revoltosos. Le contestó que de los dos centenares hay que restar los muchos chiquillos y los curiosos; y aun considerar que el tal número peca de sumamente exiguo para una revolución en la liberal Barcelona. Además quien lo puso en doscientos no contó pausadamente los componentes, sino que lo echó a ojo de buen cubero, siempre éste más inclinado a ser aumentado por la imaginación exaltada por el extraordinario del hecho, que a ser disminuido.

La esposa del hijo del hortelano del Carmen calzado, presente a mis largas y provechosas conversaciones con su muy erudito marido, al llegar en una de éstas a la intervención de las mujeres, me dijo que ella había conocido a un lego carmelita herido en el ojo por las mujeres, y le había oído quejarse amargamente de ellas. «Siempre, añadía, siempre al lego se le escapaba esta exclamación: ¡las donas! ¡las donas!» El lego citaba como formando parte de la turba femenina que le hirió a dos apodadas «las monjas». Eran hermanas, mal habladas, descaradas, morenas, feas, sin vergüenza, por las ferias vendedoras de avellanas y cacahuetes, y en una de las guerras de España un jefe Posas las tuvo en capilla para fusilarlas (4). El hijo del hortelano de San Pablo, que vió las turbas que se enderezaban a

(1) Me lo contó el hermano del mismo fraile, hermano que se llamaba D. Joaquín Armengol. Barcelona 20 de febrero de 1893.

(2) Relación que me hizo en San Andrés de Palomar a 30 de junio de 1880.

(3) En Barcelona a 30 de mayo de 1892.

(4) En Barcelona a 30 de enero de 1893.

los Paúles, calificábame a las mujeres de ellas de leones (1).

Vienen aquí muy al caso las siguientes líneas del ya arriba citado Don Francisco de Paula Capella:

«LA PEINETA

»Al día siguiente, en uno de los puestos de las fruterías de la Rambla de San José, una mujer de figura ignoble, de lengua de víbora, decía entre blasfemias y palabras obscenas, mostrando una peineta que sujetaba mal su enmarañada cabellera: Con esta peineta he arrancado los ojos de aquel mal fraile, y he acabado de rematarle. Muchas de las buenas vendedoras se apartaban de ella con horror, pero la turba soez, hambrienta de sangre, la aplaudía.

»Esta mujer tenía un apodo que callaré (*se la llamaba LA CAP D'ESCOMBRA*) por respeto a su familia, que sin duda vive aún y se avergonzaria de ella; solo si diré que era la más desvergonzada, y su lengua la peor del mercado de San José. Si una sirvienta se acercaba á su puesto, y no la prometía un precio razonable por la fruta, ya podía taparse los oídos, pues la llamaba todos los nombres que no constan en el diccionario; y más de una vez una pobre joven modesta huía llorosa, perseguida por la lengua de aquella furia. Sin embargo, á menudo se encontraba con la horma de su zapato, y entonces se armaba una jarana tal, que concluía con vías de hecho, y unas veces zurrando, y otras zurrada, no se pasaba día que no hubiera en la plaza por su causa un escándalo mayúsculo, de cuyas resultas á veces llevaba en la cara y cuerpo las señales por mucho tiempo. Sus compañeras la evitaban todo lo posible, y tenía en el mercado muy pocas amigas. Su casa era un verdadero infierno, y no se pasaba día que no sucediesen en la familia escenas las más de-

plorables. Pasaron de esta manera algunos años.

»El carácter de esta mujer era cada día peor. Aborrecida de todo el mundo, un día tuvo una reyerta con su familia, la cual la dejó gritando y presa de un exceso de furor. Era la hora del mercado, y fué como de costumbre á ocupar su puesto; pero estaba fosca, y apenas hablaba, cuando se acercaban á comprarle la fruta que aquel día vendía, contestaba apenas y con malos modos; por fin, antes del medio día, dijo á la que vendía á su lado, con quien no se trataba tiempo hacía, si quería guardarle el puesto por unos instantes. La otra, que era una buena mujer (*de apodo LA NAS*), se prestó á ello; pero pasó el tiempo y la de la peineta no volvió. Una persona de la familia fué al puesto y preguntó por ella, diciendo que la casa estaba cerrada, pero le dijeron que hacía rato faltaba. Algunas vendedoras acompañaron á aquella persona temiendo alguna desgracia: fueron á la casa de la desdichada, llamaron en vano á la puerta. Se dió parte á la autoridad, se descerrajó la puerta, buscóse por todas partes á la mujer, pero ésta no parecía. En la cocina había un pozo, uno se asomó para ver si se había arrojado á él, y así era en efecto. Entre el agua flotaban unas sayas, y fué extraída cadáver. La infeliz se había suicidado.

»Muchas vendedoras hay aún en el mercado que se acuerdan de la mujer de la peineta y algunas veces la citan por ejemplo.

»Y no fueron estos dos sucesos los que hicieron palpable la justicia de Dios en castigo de uno de los mayores crímenes que se han cometido durante este siglo. Volúmenes enteros no bastarían para contenerlos. Todos cuantos vivimos hoy, hemos visto las resultas de este crimen, el cual pesará eternamente sobre España; y si se mira despacio la historia de todas las personas que tomaron parte directa ó indirectamente en tan terrible drama, se verá que desde la clase más

(1) D. Jacinto Llansana. Barcelona 9 de junio de 1886.

«elevada á la más humilde, sobre todas
 »ha caído el castigo de Dios, como cayó
 »sobre el hombre de la barra de hierro, y
 »la mujer de la peineta» (1).

Que las turbas daban repugnantes voces, no puede dejar de suponerse; silbando y gritando «viva la libertad, mueran los frailes, matarles, etc.»; y además lo atestiguan varios ancianos.

En un libro publicado en Barcelona en 1842 y 45, y por cierto nada favorable a los frailes, y marcadamente liberal, leo: «Al entrar la noche empezaron algunos conventos á ser asaltados por turbas que lo traían todo dispuesto para el incendio.... Las turbas no obedecían, ni hacían el menor caso de sus amonestaciones» (*de la tropa*); si se alejaban de un punto, «se iban á otro, y siempre con la manifestación intencion de pegar fuego á los conventos....

»Pocos, muy pocos eran los que estos atentados vandálicos cometían; mas los espectadores eran infinitos. Toda la noche fueron pobladas las calles de curiosos, y á la madrugada siguiente se trasladaban en procesión de uno á otro convento para presenciar los estragos del incendio, que se apacentaba todavía de cuanto combustible iba encontrando.

»Muchos religiosos perecieron en sus conventos; otros por las calles mientras se fugaban disfrazados, sin que les valiera el disfraz para escapar de la diabólica penetración de las turbas. Hasta las mujeres tomaron parte en esta horrible matanza, aplastando las cabezas de los fugitivos, que caían en sus manos, con piedras que prolongaban su agonía y hacían más horrorosa su muerte» (2). De modo que, según este texto, escrito por contemporáneos de los hechos ante los mismos que los presenciaron, y por plu-

mas liberales, se asegura que las turbas lo traían todo preparado para el incendio, que se componían de muy pocos ejecutores, que al otro día el pueblo visitaba como en procesión los incendios, que las mujeres tomaron en la matanza parte crudelísima, repugnante y principal, y que los razonamientos de las fuerzas públicas nada valían: ¡así serían ellos! ¡Sí, así serían ellos, ya que se trata de disciplinados soldados contra cuatro amotinados y cuatro mujeres!

Y a fe que la autoridad y sus agentes no debían temer las armas de esas turbas, pues a diferencia del degüello de Madrid, aquí los agresores no usaron ni llevaron un solo fusil, ni arma de fuego larga, hecha sólo excepción de los que atacaron a los Paúles. En algún punto se vió entre ellos algún nacional de uniforme, pero no por regla general, pues si los había entre los amotinados, que realmente los hubo, vestían de paisano. Y digo que los hubo porque en las primeras turbas figuraban con su uniforme algunos de los nacionales del piquete de la plaza de toros, y por cierto que pertenecían al batallón 2.º Pero, como digo, los demás nacionales que tomaron parte en la revuelta vestían de paisano. Las armas de los amotinados de Barcelona eran pistolas, de las que fué rarísimo el disparo, sables, estoques, puñales, cuchillos, palos, leznas de zapatero, tijeras, piedras, y hasta peinetas de mujeres; es decir, armas despreciables e innobles. En la relación de los asesinatos quedarán muy luego comprobadas estas noticias. Los grupos de revoltosos alumbrábanse de antorchas, o sea hachas de viento, según el modismo de esta tierra, las que no sólo les servían para luz, sino para botafuegos.

Los jóvenes que leerán estas líneas no han visto por suerte revoluciones, como desgraciadamente las hemos presenciado en Barcelona los ancianos, y así no pueden formarse idea de esas turbas revolucionarias. Se componen de unas gentes nuevas, repugnantes y espantables. El aspecto de sus hombres delata sus per-

(1) En *El Correo Catalán* del 29 de febrero de 1880, pág. 3.

(2) *Panorama español. Crónica contemporánea. Por una reunión de amigos colaboradores. Barcelona de 1842 á 1845*, tomo III, págs. 48 y 49.

versas ideas y peores deseos: sus caras son antipáticas, ennegrecidas, feroces; sus gestos amenazadores; sus voces roncadas y destempladas; sus gritos exigentes, vengativos; su fisonomía en total la de la fiera humana. Siempre que las he visto, he oído a la gente pacífica preguntarse: ¿de dónde salen estas figuras que en tiempos normales no las encontramos en ninguna parte? Y en sus días la autoridad suele ser nula, y no hay quien cohiba y reprima aquellos gritos de venganza y de exterminio; y así el ciudadano pacífico tiembla y se aterroriza. Líbreme Dios de presenciar una más de las varias revoluciones que llevo vistas y sufridas. Pero, a lo que se ve, las turbas del día de Santiago de 1835, si presentaban el aspecto repugnante de las de otras revoluciones, no el terrible, soberbio y dominante, y así no podían ser parte para amedrentar a la fuerza pública reglada y organizada.

ARTÍCULO TERCERO

ORDEN CRONOLÓGICO DE LOS INCENDIOS, Y SU MODO

Si no ofreció dificultad hallar y describir precisa y fijamente el curso que siguió la turba que arrastró el toro, presenta mucha fijar el orden cronológico, o sea de las horas, en que se perpetró el incendio de cada cenobio. La turba del toro, por ser única, hubo de pasar sucesivamente por unas calles tras de las otras, y por meter inusitada bulla llamó fuertemente la atención en todas ellas, y así quedó conocida. La incendiaria se distribuyó en diversos grupos, y por otra parte, si respecto de algunos conventos hubo sucesión en el incendio, respecto de otros existió simultaneidad. Además los testigos que presenciaron los hechos, muy ajenos de que un día debiese mi impertinencia irles a interrogar respecto de la hora, al presenciar aquellas desgracias y atentados, no ponían los relojes en sus manos, para luego apuntar los momen-

tos, y en su día certificármelos; y así todos, al tratar de las horas, añaden a sus dichos un «poco más o menos» o un «sería» tal hora.

A estas dificultades se junta la de que algunos conventos no sufrieron un solo ataque, sino varios, y por lo mismo fácilmente se confunden los momentos de unos de estos con los de otros. A pesar de tales dificultades, pero marchando sobre el movedizo terreno del «poco más o menos», intento tejer aquí el orden cronológico de los distintos asaltos.

Escribí ya en un artículo anterior que la turba procedente de los toros, al pasar por la plaza de San Sebastián, hoy de Antonio López, dejó en completa paz la casa religiosa que daba nombre a dicha plaza, sea que no reparase en ella, sea que otros intentos la hicieran correr hacia distintos conventos.

Dije también que sin duda la misma turba fué la que, claro aún el día, cruzó por frente de la Merced, armados sus individuos con sables, palos y otros instrumentos; y que se limitó a romper por medio de pedradas cristales de las ventanas, y a amenazar con una segunda visita.

Esto escribí arriba, y debo añadir aquí que esta primera visita la recibió la Merced a eso de las seis, o seis y pico de la tarde. Así me lo contó uno de los frailes coristas de la casa, de nombre Benito Tiana (1). Otro de igual clase, el Padre Martín Aymerich, vino con sus palabras a confirmarme las de Tiana, discrepando solo, y a mi ver éste con razón, respecto de la hora. «Desde las »ventanas del convento vimos corridas, »me dijo, por la parte de la plaza de Palacio a eso de las siete, y cuando todavía »el sol no se había puesto. Las puertas »del convento, al anuncio de revolución, »que vino antes, se cerraron. Llegó entonces con gran grita una turba, com- »puesta en su mayoría de niños armados

(1) Relación que me hizo en Barcelona a 1.º de junio de 1880.

»de trozos de sillas y otros maderos procedentes del destrozo de la plaza de toros, y con ellos golpearon la puerta del convento y la apedrearon, largándose luego. No llevaba esta turba el »toro» (1).

Los dos testigos presenciales, o mejor víctimas, del hecho, de consuno explicáronme que más tarde los revoltosos cumplieron su amenaza, volviendo al convento, según Tiana, de ocho a nueve de aquella velada. Entonces la turba contaba con mayor número de individuos, ocupando la calle y plazuela de frente del convento. Golpeó fuertemente las dos puertas de éste, produciendo profundo espanto en el ánimo de los religiosos; pero luego se marchó hacia San Francisco de Asís. Aymerich cree que la retirada procedió de espontáneo movimiento de la misma turba; mas Tiana dice que de los buenos oficios de un capitán de milicia, vecino, que reunió a sus subordinados, y con ellos protegió el cenobio.

El corredor de Bolsa Don Joaquín Auger y Tusquets, hombre sesudo y grave, que vivía en la calle Ancha, al caer de aquella tarde, había salido de casa, y paseando por su dicha calle vió venir la turba procedente de la plaza de toros. Para evitar ser de ella atropellado metióse en la entrada del palacio del Conde de Santa Coloma, hoy de los señores Girona. Allí había tres sujetos, a saber: *El bacallané*, un alto militar, cuyo nombre por caridad me callo, y otro del cual quien me dió la noticia, oída de boca del mismo señor Auger, no recordaba el nombre, bien que le parecía ser también militar. Al pasar la turba Auger vió como estos señores que allí estaban le hablaron frases que él no entendió, y supuso eran instrucciones (2).

El primer convento al que se intentó poner fuego fué el de San Francisco de Asís; y tan pronto, que un entonces joven, que vió el toro allende aún de la puerta del mar, y adelantándose a la turba que lo arrastraba, entró en la ciudad, y corrió por la muralla del mar, al llegar frente la plaza hoy de Medinaceli, vió ya que se arrimaba leña a la puerta de la iglesia de San Francisco de Asís (3). Opino que dicho joven se equivoca al creer que este acto de arrimar el combustible precediese al paso por allí del toro arrastrado, pero de todos modos certifica que el intento de incendiar a *fra menors* siguió inmediatamente al indicado arrastramiento.

Exactamente concorde con esta afirmación, el hijo de un empleado de la plaza de toros contóme que, luego de ver las proporciones que tomaba allí el tumulto, su padre, llevándole a él de la mano, se vino para casa; y que al pasar por la calle Ancha vieron el arrastramiento del toro, y que se empezaba a poner fuego a San Francisco (4).

Mi buen amigo el anciano Don Francisco Maciá, al cual pedí noticias sobre la revolución que historió, me dió verbalmente muchos datos, y después, no contento con ellos, me los entregó escritos. Copio a seguida una de las páginas de este su escrito: «En seguida, que eran las »siete de la tarde, que había quedado la »plaza de toros despejada del tumulto, se »marcharon las fuerzas que guarnecían »dicha plaza cada una á su respectivo »destino, y la compañía del 6.º Batallón» (*en ella formaba en aquel acto quien escribíome estas líneas*), «mandada por »un teniente, tuvo noticia en aquel momento que se pegaba fuego en el con-

lo había contado. Me lo dijo en Barcelona a 31 de octubre de 1892.

(3) D. Jacinto Llansana. Barcelona 9 de junio de 1886.

(4) Este hijo del empleado, que fué quien me lo dijo en Barcelona a 7 de abril de 1880, era mi muy querido amigo el Dr. D. Jaime Arbós, célebre químico.

(1) Relación que me hizo en Gerona, de cuya catedral era canónigo, a 5 de agosto de 1883.—Ratifica el paso de esta turba y la pedrea y amenazas el otro corista P. Juan Alvareda en Barcelona en febrero de 1882.

(2) Me lo dijo un señor a quien el Sr. Auger

»vento de frailes franciscanos, situado en
 »la plaza del Duque de Medinaceli. Acto
 »continuo dicho Sr. Teniente con su com-
 »pañía se dirigió á paso doble hácia dicho
 »convento, que estaban tocando á rebato,
 »y los alborotadores, compuestos de unos
 »doce, estaban pegando fuego á unas
 »faginas, que estaban en la puerta de
 »dicho convento. Tambien había un pique-
 »te de Caballería que había venido de
 »Atarazanas y estaba presenciando aque-
 »llos malhechores, pero sin decirles nada;
 »y con esto solo se comprendía que la
 »jugada era cosa del gobierno» (*de Bar-
 celona*). «Acto seguido la compañía cita-
 »da que había acudido á favor de los
 »frailes, ó bien contra los incendiarios,
 »viendo que no se prendía á los revoltos-
 »sos, entró en confusion y disputas, por-
 »que unos individuos se pusieron á favor
 »de los revoltosos, y otros en contra.
 »Entonces el teniente, como no tenía
 »ninguna orden superior, dispuso que
 »dicha compañía rompiese filas á fin de
 »que cada uno se marchase á su casa,
 »quedando en dicho sitio el piquete de
 »Caballería presenciando como los incen-
 »diarios incendiaban las faginas descar-
 »damente» (1).

De otro anciano, también testigo pre-
 sencial de los hechos, proceden las
 siguientes noticias referentes al mismo
 convento, las que vienen a confirmar lo
 dicho por el señor Maciá. San Francisco
 abría a la vía pública dos puertas: la de
 frente la calle Nueva de San Francisco,
 y la de la plaza del Duque de Medinaceli,
 llamada esta puerta de San Antonio.
 Mientras los incendiarios ponían fuego a
 la primera, un pelotón de caballos del
 Regimiento número 4, o sea del Infante,
 lo presenciaba inmóvil formado frente la
 puerta del Marqués de Alfarrás, es decir,
 separado de los incendiarios por el ancho
 de la calle del Dormitorio. Después se in-
 tentó poner el fuego en la otra puerta (2).

(1) Me entregó este escrito en octubre de 1884.

(2) D. Angel del Romero en Barcelona en
 abril de 1890.

En la misma tarde paseaba por la
 muralla del mar el Señor Don Tomás
 Illa y Balaguer, a la sazón concejal de
 Barcelona; quien notando que un niño
 que pasaba venía llorando, se le acercó
 y le preguntó por la causa de su llanto.
 Contestó el chico que tenía un tio fraile
 francisco, y que iba a ser quemado su
 convento. Illa, devoto de la justicia, de la
 Religión y de los frailes, corrió a la plaza
 de Medinaceli, y halla puesto el fuego, y
 en la misma plaza una tropa con su jefe
 al frente. Illa se dirige a éste, y le dice:
 «Soy un regidor de Barcelona. ¿V. mira
 »esto impasible?» El jefe le responde: «Sí,
 »¿y qué?» Replica Illa: «¿Pues cómo per-
 »mite V. semejante atropello?, ¿y quién
 »responde de lo que harán las llamas?» La
 segunda contestación del jefe fué corta,
 pero elocuente: «Yo nada haré».—«Pues
 »yo sí,» replicó Illa; y viendo en el balcón
 de enfrente, o sea del palacio del Conde
 de Santa Coloma, hoy del señor Girona,
 tres criados que acurrucados observaban
 el repugnante espectáculo, se dirige a
 ellos, y les manda que le bajen dos cubos
 (*dos galledas*). Las toma, atraviesa veloz
 la plaza, se sube sobre la baranda del
 abrevadero que había junto a la puerta
 de San Antonio, y desde allí va llenando
 los cubos y echando el agua al fuego para
 apagarlo.

En esto llegó allá el teniente de Rey y
 Gobernador de la plaza el Brigadier
 Ayerve (3), y dirigiéndose a Don Tomás
 le dice: «¿Qué hace V. aquí». Responde el
 preguntado: «Recuerde V. lo que prometí
 »en la reunion de autoridades que tuvi-
 »mos ha pocos dias: dije que moriría
 »antes que consentir los atropellos de
 »Madrid y Reus, y así estoy aquí para
 »cumplirlo». Replica Ayerve: «Por Dios
 »vaya V. al Ayuntamiento, y vea que se
 »reuna».—«Bien, dice Illa, pero ¿si en el
 »tránsito hallo fuerza pública me autoriza

(3) Le llamo Gobernador de la plaza porque
 así se le nombra en documentos de pocos días
 anteriores al hecho y en otro del día 31 del mismo
 mes.

»V. para utilizarla?» El Brigadier contestó afirmativamente (1). Harto sabía el revolucionario Brigadier, consocio de los incendiarios, que las fuerzas del ejército ninguna obligación tienen de obedecer a regidores de ciudades y mucho menos por órdenes verbales transmitidas por quien carece de facultades militares.

Luego vino de Atarazanas un edecán con ocho caballos, quien dirigiéndose a la turba incendiaria, le mandó quitar el fuego diciéndole que el incendio podía producir un conflicto grave en Barcelona en razón de la proximidad del fuerte, donde se guardaban muchos proyectiles cargados y municiones. Los de la turba reconocieron el valor de esta razón, y quitaron el fuego (2). Opino que quedaron allí algunos soldados guardando el convento, y así éste salió ileso.

Salieron de Atarazanas unas piezas de Artillería, y se colocaron en la Rambla de Santa Mónica frente el actual pasaje del Comercio, apuntando hacia tierra. Esto produjo el natural temor en las gentes, las que huyeron corriendo; mas muy luego, como vieron que no se disparaban las piezas, se fueron acercando hasta venir sobre ellas (3). Y sin duda conocieron los revoltosos o que la amenaza era fingida o que sólo se trataba de salvar el fuerte de Atarazanas, ya que allí mismo, a pocos pasos, mataron al fraile Fr. Manuel Pallás.

Siguiendo hacia la Rambla, y por ésta

arriba, se daba muy pronto con el convento de agustinos descalzos, o de Santa Mónica; el cual por fortuna también quedó sin quebranto material, como que aún hoy, bien que ruinoso, se mantiene en pie. ¿Cómo se salvó? Quizá en el primer hervor del tumulto pasó olvidado. Pero respecto a la causa de su salvación he visto dos explicaciones. El opúsculo inédito del Padre Jaime Roig escribe: «Al extremo de la Rambla, cerca del fuerte de Atarazanas, había el convento de PP. Agustinos descalzos, y al ver un vecino contiguo á la iglesia que un joven estaba á punto de incendiarla, preguntóle: ¿cuánto te han dado para hacerlo? Contestó él: una onza.—Pues te doy dos y déjalo. A esta circunstancia se debió la conservacion de dicha iglesia hoy parroquia de San José, y la del convento donde hay años hace las oficinas de administracion militar y la habitacion de su gefe» (4). Hoy estas oficinas y habitación no están.

Un anciano colaborador del *Diario de Barcelona* me afirmó que realmente los incendiarios trataron de abrasar esta casa religiosa, pero que bastó la oposición del centinela del próximo fuerte de Atarazanas y que les apuntara el fusil para ahuyentarlos (5). Bien pudo ser que Santa Mónica debiera su salvación a la proximidad al nombrado fuerte, y que los incendiarios, al ver que esta proximidad salvaba al cenobio franciscano, dedujeran que no dejaría de aprovechar al agustino, y así que no se empeñasen en incendiarlo.

Palabras de Raul1 vienen a fijar la hora en que las turbas se dirigieron hacia el siguiente convento, o sea el de Trinitarios descalzos, ahora teatro del Liceo. «De las ocho y media á las nueve de la noche» (opino que el hecho sucedería un poco antes) «se iban formando algunos grupos en la plaza del Teatro (*Principal*) y en

(1) Relación de D. Jacinto Burdoy, quien no dudo lo tenía de boca de Illa. Barcelona 1.º de diciembre de 1881. Además D. Antonio Escolano, célebre administrador del Banco de Barcelona, también me había contado la parte principal de lo narrado por Illa, por haberlo oído de boca de éste. También D. Joaquín Rubió y Ors tenía de boca de Illa la inacción del militar y el acto de apagar Illa el fuego. Me lo dijo el mismo señor Rubió.

(2) Relación de D. Ramón Nivera, curioso presente al acto. Barcelona 31 de marzo de 1882.

(3) Relación del entonces cadete, después abogado D. José Ortega. Barcelona 8 de junio de 1887.

(4) Pág. 41 del mms.

(5) Relación de D. Cayetano Cornet y Mas. Barcelona 30 de diciembre de 1893.

»la de la Boquería, que engrosaban por
»momentos. En vano intentó separarlos
»la guardia del teatro y algunos soldados
»de Caballería destacados de Atarazanas.
»Se iban de una parte para reunirse en
»otra; se conocía que había intencion
»decidida» (1). ¡Como que había un plan
completo! Dirigiéronse en seguida a los
Trinitarios, que tan próximos los habían.
Pusieron el combustible, pero fuera por
la naturaleza y clase de las puertas, fuera
por la inexperiencia de los autores de este
primer incendio, el fuego no prendía; y
así la operación alargóse por mucho rato.
Entretanto un lego corrió al campanario,
y comenzó a tocar la campana pidiendo
auxilio. Y tanto se alargó la operación
del incendio, que antes se levantó sobre
las techumbres la llama del siguiente, de
San José, que la del presente.

El deseo de dar completas en cada
artículo las noticias a él pertenecientes,
pide que reproduzca aquí un aparte del
primero de este capítulo, aparte referen-
te a este convento. En él escribí que,
concorde con Raull en lo tocante a la
hora del ataque de esta casa, un corista
del convento agustino de Barcelona, entre
ocho y nueve de aquella noche, desde su
próximo cenobio, vió arder el de Trinita-
rios descalzos; y un respetabilísimo veci-
no de enfrente, el venerable abogado don
Pedro Vives y Cebriá, contaba que para
poner fuego a dicho convento tuvieron los
incediarios que emplear mucho rato
porque la llama no prendía.

Un curioso episodio de este incendio
contó el erudito don Francisco de Paula
Capella en el siguiente artículo que pu-
blicó años atrás con el nombre fingido de
Galcerán Despuig. Dice así:

«EL CASTIGO DE DIOS

»LA BARRA DE HIERRO

»Los sucesos que voy á relatar no son
»pura invencion, sino ciertos. La muerte

(1) Obra cit., pág. 33 de la primera edición y
34 de la segunda.

»del hombre la presencié yo mismo;.....
»y si bien todo sucedió cuando yo era
»niño, lo tengo tan presente como si su-
»cediera hoy; pues hizo en mí una impre-
»sion tal que no se borrará en mi vida.

»Muchas personas viven hoy en Barce-
»lona que se acordarán de que á falta de
»la plaza del mercado de San José, y aún
»cuando este existia ya, servía de merca-
»do la acera izquierda de la rambla
»llamada de S. José, ó de las flores, en
»cuya acera habia los puestos de la fru-
»ta. (*La acera y arroyo occidentales*).

»Dos pilares de piedra de la elevacion
»de un metro, unidos por medio de una
»barra de hierro, cerraban desde la ma-
»ñana hasta bien entrada la tarde la
»embocadura de dicha acera, pues esta-
»ban colocados á la distancia convenien-
»te, y la longitud de la barra era igual á
»lo ancho de la acera, la cual servia para
»impedir el paso por ella de los carruajes.
»Al anochecer se hacia girar la expresa-
»da barra, y se la apoyaba en un tercer
»pilar situado á igual distancia á lo largo
»de la Rambla.

»Aun me parece ver á los chicos calle-
»jeros, que tanto abundan por el Llano
»de la Boquería, cual indómitos diablillos,
»dando volteretas en la expresada barra
»á guisa de molino de viento ó campana
»echada al vuelo, á los cuales alejaba de
»allí á pescozones un guarda-paseos, y
»volviendo á las andadas apenas habia
»vuelto la espalda, con gran bulla y alga-
»zara y con no poca envidia mia, pues
»mis padres no me permitieron tomar
»parte en semejantes juegos.

»Sin embargo llegó un dia, dia triste
»para Barcelona, en que se imprimió una
»mancha indeleble en el puro escudo de
»la noble ciudad condal y que está escrito
»con sangre en una página negra de
»nuestra historia: el 25 de Julio de 1835.
»Aun me parece ver á una turba soez
»arrastrando por las calles un toro muer-
»to, dando voces de ¡mueran los frailes!
»Yo miraba á mis padres asustados; y
»como era la primera vez que veia el
»pueblo alborotado, no hacía más que

»preguntar lo que era aquello. Cerráronse las puertas y corrió la gente asustada; »pero vino luego la noche, y aun me parece ver la Rambla iluminada como en »medio del día.

»Los conventos de San José, de los Trinitarios y de San Agustín ardían, y la »claridad de las llamas hacia que á las »doce de la noche fuese más claro que á »las doce del día.

»Se oía primero el triste tañido de las »campanas, con las cuales los infelices »religiosos pedían un socorro que no venía.

»Después la campana callaba y el convento ardía. Oh! qué noche! qué noche! »Cuando acababa de ser incendiado el »convento de los Trinitarios Descalzos, »compareció (por sarcasmo sin duda) un »piquete de caballería, y mandó despejar »el Llano de la Boquería. Los incendiarios huyeron.

»Aun me parece verlos; todos iban vestidos igualmente; pantalón blanco y en »mangas de camisa; es decir, todos blancos, con teas encendidas en las manos, »con faginas de leña seca ó botellas »incendiarias. Sin embargo, uno de ellos »fué más atrevido, y en lugar de obedecer al jefe de la caballería que le intimaba que se retirase, se empeñó en »acercarse al convento. Por tres veces el »jefe le amonestó, y por tres veces quiso »arrimar la tea incendiaria al convento; »perdida la paciencia del jefe, la emprendió á galope tras él, quien fuera de sí »por el miedo, huyó hacia la acera »izquierda de la Rambla de San José.

»Aquel día, por un descuido sin duda »del guarda paseos, la barra de hierro »cerraba aún horizontalmente la entrada »de la acera. El incendiario perseguido »por el jinete, sin echar de ver la barra »de hierro, con la cual no contaba en su »vertiginosa corrida, dió un golpe de »pecho contra ella, y dando una voltereta á imitación de los niños callejeros, »cayó á la parte opuesta, en donde quedó »tendido y sin movimiento.

»Cuando el jinete volvió á su lugar los

»compañeros del incendiario se acercaron á él. Uno le tocó con el pie, pero no se »levantó. Otro le tiró de los brazos, todo »fué en balde. Había muerto. Entonces, »(aun me parece verlos) lo arrastraron »por los pies, y le arrimaron á la pared »de la casa que hace esquina á la calle de »la Boquería frente á la fuente.

»Las llamas de los Trinitarios, hoy Liceo, alumbraban el cadáver del que tal »vez fué el primero que puso fuego en el »convento. Cuando el día siguiente las »literas trasladaron al Hospital de Santa »Cruz los cadáveres de los infelices religiosos víctimas de una turba soez, entre »las expresadas víctimas estaba también »el cadáver de uno de sus asesinos» (1).

Estas líneas escribió Capella para el público, mas en íntima conversación me dijo á mí mismo, que un piquete de caballería estuvo siendo mero testigo del incendio del convento de Trinitarios descalzos, y que después fué cuando quiso evitar que continuase el hecho; y entonces uno de los jefes decía á los revoltosos: «id por otro, que este ya arde»; y que como uno de los revoltosos se empeñase en arrimar más leña, el militar le envistió con el caballo y sucedió la muerte del de la barra de hierro (2). Ya arriba, en el artículo primero de este Capítulo, escribí que son varios los testigos que nos certifican de que la tropa presenció inmóvil el incendio de esta casa religiosa, y en fin, no hay mejor testigo que los hechos, pues todos sabemos que ardió á pesar de hallarse situada en el lugar más público de la ciudad, por donde cruzaban las patrullas.

El templo de este convento no fué quemado, o lo fué poco; pero sí las habitaciones o convento estrictamente dicho, de cuyas ventanas brotaban grandes llamas.

(1) En *El Correo Catalán* del 29 de febrero de 1880.—También el Sr. Capella publicó estas noticias firmándolas con sus nombres en *El Diario Catalán* del 25 de julio de 1891.

(2) Me lo dijo en Barcelona á 14 de junio de 1881.

Seguidamente de los Trinitarios los revoltosos pasaron a San José; y arriba, también en el artículo primero de este Capítulo, un fraile de esta casa nos certificó de la hora y modo del comienzo del ataque. Escribe: «Por fin íbamos retirando cada cual á su celda. Serían las nueve de la noche, y yo que tenía la mía cerca de la reja que daba á la Rambla, curiosamente me acerco á dicha reja, y veo que de la parte de Atarazanas venía una multitud gritando (no entendí lo que decían), y siguiendo á unos cuatro ó seis, que con los brazos levantados llevaban una antorcha encendida en cada mano. Me causó mucha novedad aquello, no malicié lo que era. Seguían bramando hasta llegar frente á la iglesia, se acercan á ella, y empiezan á dar fuertísimos golpes al rastrillo de hierro, que en pocos momentos cedió, y vino al suelo. Cuando ví aquello doy un fuerte grito: ¡Ya están aquí! Han tirado el rastrillo á tierra y prenden fuego á la Portería, sálvese cada uno como pueda, ya están dentro».

Respecto el modo del incendio, disienten los relatos de dos testigos, ambos presenciales. En prueba de mi inquebrantable amor a la verdad insertaré los dos.

El primer testigo, aunque, más que de tal, debe calificarse de actor en esta tragedia, es el descarriado aprendiz arriba citado. Su declaración encaja perfectamente con el anterior relato de Capella. Me dijo que después del arrastramiento del toro y de otra excursión se dirigió a San José. Llegado allá, todavía el convento no ardía, y los incendiarios estaban a su frente para entrar, pero mientras discutían o hablaban, sufrieron una alarma, porque del lado de la calle de la Petxina se vió un tumulto, efecto de que se quería matar a un hombre. Así me dijo el aprendiz; mas yo creo que el hombre sería la muerte del infeliz de la barra de hierro y el tumulto el acto de recogerle de la relación de Capella. En esto venía, continuó, de la parte del llano de la Boquería una patrulla de caballería de unos

veinte caballos. Quería esta fuerza disolver la turba de frente San José, mas un hombre de ésta, que vestía levita amarillenta de verano y gorra roja de marinero, se adelantó y habló al jefe de la patrulla. Este le contesta: «Hombre, me comprometes». El de la gorra roja le replica: «¿Qué compromisos? Da una vuelta, y vuelve». El de la turba al mismo tiempo desabrochó su levita, y mostró al militar algo que llevaba bajo de ella. El militar dió la pedida vuelta. Las palabras del oficial y del hombre de la gorra roja, el aprendiz, de cuya boca lo tengo, las oyó. Y en este episodio creo descubrir otra conveniencia entre el aprendiz y el señor Capella, pensando que el oficial de caballería que aquí no quiere comprometerse, será el mismo que en el Llano de la Boquería persiguió al infeliz de la barra, el cual jefe con sus caballos subía Rambla arriba.

Sigue el aprendiz, y dice que cuando esto sucedía la turba ya había forzado la puerta del templo, y la cortina de ella empezaba a arder; pues añade que «la iglesia de San José tenía a su frente un pórtico de tres arcos cerrado por una verja de hierro, cuyos barrotes terminaban en punta de lanza. Como estos barrotes sin gran dificultad se arrancaban de sus travesaños, todo el mundo en aquel momento del incendio se apoderaba de un barrote, con lo que quedaba armado de una lanza. Una vez la turba en el pórtico forzó el cancel; hizo caer el portier ó cortina de la puerta, la que por lo mismo quedó extendida, y le puso fuego. Con esto quedaba impedido el acceso por la puerta central, pero restaban las de los lados. Los revoltosos entraron por estas, y arrimaron á la puerta principal los bancos, los confesonarios, los cuadros, y cuanto hallaron á mano, con lo que se produjo allí una hoguera espantosa desde la cual el voraz elemento se propagaría al resto de la iglesia».

Allí el mentado aprendiz halló una bayoneta, como ya arriba nos había

dicho. Con ella corrió a forzar el cepillo de las limosnas de una capilla, quedando chasqueado al encontrar en él sólo miserables ochavos en lugar de las fuertes cantidades por él allí soñadas. Y a los autores, descarada o vergonzantemente encomiadores de aquella revolución, que escriben que en aquella noche no se robó, y si sólo se persiguió, les echo en rostro el hecho de que cuando el aprendiz llegó con la bayoneta al cepillo, cuatro habían llegado ya antes de él, guiados del mismo injusto espíritu; y si esto no bastara, otro testigo, hablando de este convento, nos dirá el robo sin medida que sufrió el convento y la sacristía. Mas acabemos el relato del aprendiz, el cual, no pudiendo ya soportar el humo inmenso que invadió el templo de San José, salió de él. En este ataque el aprendiz vió a varios nacionales, bien que no de uniforme, formando parte de la turba.

El segundo testigo es un curioso muy amigo de presenciar los acontecimientos públicos, quien me dijo: «Después de cenado salí de casa, y me encaminé á San José. Allí junto á la puerta de la iglesia había cuatro ó cinco hombres. Abierta la puerta, nada se veía del interior dominado de completa oscuridad. En esto los del umbral clamaron á otros de dentro: «cuando esteis á punto avisad». Estos respondieron: «pues ahora», é inmediatamente se oyó ruido de quebramiento de vidrios, que opiné prove-nir de haber arrojado contra los retablos y muros botellas de líquido inflamable. Entonces se dió el grito de: «todo el mundo á fuera»; y salió de la iglesia un grupo de unos 60. Nuevo grito pregunta: «¿estáis todos fuera? ¿queda alguien dentro?» Y repetido este grito, se pone fuego á lo rociado, y todo el templo ardió como un cartucho. Ya entonces otros amotinados recorrían el convento, ó habitaciones, robando unos, mientras los otros incendiaban» (1).

¿Cómo concordar las dos relaciones?

¿Es que mutuamente se destruyen, y nada debe de ellas permanecer en pie? Ambas proceden de testigos oculares, hombres ya entrados en muchos años y por lo mismo libres de imaginación exaltada; hombres imparciales y en asunto sobre el cual no les mueve pasión alguna; hombres preguntados por persona a la que ni desean halagar ni la temen; hombres en fin en circunstancias las más propias para testificar la pura verdad. Opino que tales relatos contienen esta verdad, y que el dicho del primer testigo puede muy bien concordarse con el del segundo considerando que lo relatado por aquel constituyó el principio o comienzo del ataque de San José, y que la escena que describe este último pasó cuando, quemada ya la cortina de la puerta central, se puso fuego a la hacina de confesonarios, bancos y demás muebles, referida por el aprendiz. Las botellas se estrellarían contra esta hacina, y se comprende que el fuego prendiera como en pólvora porque se trataba de maderas colocadas en el modo más conveniente para prontamente arder. Los que al grito de: «Todo el mundo fuera» salieron eran sin duda los que estaban dentro con el aprendiz.

Un tercer testigo añade a lo relatado algún pormenor, declarando que fué a San José, «que entré dentro entremedio de la chusma, que fué mucha; cuando salí se puso delante de mí el Brigadier Ayerve, y me preguntó si había visto algún fraile, y le contesté que no, y se marchó. Le advierto que cuando yo estaba dentro aun no había fuego en parte alguna del convento. Los más de los hombres que había dentro se conocía que no más iban por robar. Se metieron en la sacristía, y robaron todo cuanto les vino a mano» (2). Y de tal testimonio corresponde dar nuevo traslado a los escritores encomiadores de las cualidades de los incendiarios de aquella

(2) Relación escrita que me dió un amigo, formada sobre las noticias de un testigo que quiso ocultar su nombre.

(1) En Barcelona a 31 de marzo de 1882.

noche. Otro testigo presencial me dijo que, aunque de lejos y sólo por un momento, vió (también luego por allí la gente lo contaba) que en la sacristía, antes de poner fuego, algunos de la turba se vestían para burla los ornamentos sagrados (1).

A todo esto falta una pincelada, a saber, que al incendiar este convento, o quizá el de trinitarios descalzos, había frente de él un piquete de artilleros, bajo el oficial Don Miguel White, quien, indignado al ver el crimen y la carencia de órdenes superiores para impedirlo, temiéndolo con su presencia autorizarlo, se retiró con su fuerza al próximo cuartel de Estudios (2). Don Manuel Oller y Pallarol vió que se ponía el fuego, y marchó luego Rambla abajo. En el Llano de la Boquería frente de la calle del Hospital topó con un piquete de infantería que caminaba a paso lento. Oller se dirige al jefe de él, y le dice: «Apriete V. el paso, »que están pegando fuego á San José. Si »V. quiere puede evitarlo». En realidad llegaba a tiempo. El jefe respondió: «Bien, bien», y siguió Rambla arriba sin acelerar notablemente el paso. Llegada la fuerza frente del convento, se situó en la acera de la parte opuesta, se paró y formó; y allí quedó descansando arma al brazo. Entonces Oller, que había ido siguiendo al piquete, se retiró (3).

Todos los historiadores del hecho de qué trato afirman, sin que lo contradigan los testigos presenciales, que el primer convento que ardió fué el de San José, siendo así que antes que a él se puso fuego al de Trinitarios descalzos.

(1) Relación de D. José Pachs en Barcelona a 20 de mayo de 1885.

(2) Relación del entonces Capitán de Artillería D. José de Amat y de Desvalls, en Barcelona a 28 de junio de 1880. Debo confesar que otro día el Capitán, al referirme el hecho de White, me lo colocó no frente San José, sino frente los trinitarios descalzos.

(3) Relación del mismo D. Manuel Oller. Barcelona 27 de febrero de 1884.

La explicación de este enigma ya arriba se vió, y parece que se halla en qué en los Trinitarios el fuego no tuvo la magnitud del de San José; y en que en Trinitarios tardó mucho en prender, mientras que en Carmelitas descalzos prendió como en un cartucho. Esto, además, da pie para creer que la turba incendiaria, más que pasar sucesivamente de Trinitarios a Carmelitas, estando en los primeros, al ver la tardanza en prosperar allí el fuego, destacó una sección que acudiera a San José, y así hubo momentos en que simultáneamente se atacó a ambas casas.

Tanta violencia alcanzó el incendio del templo de San José, que sus llamas, brotando con furia por todas sus aberturas, iluminaban aquella Rambla y llano de la Boquería. Muy pronto cayó el techo, produciendo una mitigación momentánea de la hoguera, y luego una reacción espantosa; de modo que el señor Capella compara su luz a la del mediodía, según nos dijo arriba. En estos momentos comenzaba el ataque contra los agustinos calzados, donde todavía nada ardía; y al explicarlo el Padre Mariano Sorder, corista agustino, dice: «Mientras esto sucedía, todo el distrito del Pino quedó »repentinamente iluminado con extraños »resplandores y de un modo pavoroso: se »había hundido el tejado y pavimentos de »San José, calcinado por la acción del »fuego: de momento se ofreció á la vista »una espantosa erupción de llamas».

De estas mitigación y recrudescimiento da también testimonio un fraile mercedario que, con el alma pendiente de un hilo, observaba la ciudad desde el campanario de su convento, quien añade que eran muy grandes la humareda y las llamas, y que a poco vió arder el convento de Trinitarios descalzos (4).

De los hechos y las horas se desprende que de aquel núcleo de incendiarios de la Rambla del Centro y de San José, incendiado ya éste, se destacaron seccio-

(4) Relación del P. Juan Alvareda. Barcelona, febrero de 1882.

nes, de las que unas fueron al Carmen calzado, y otras a San Agustín. Para tratar de ellos, comencemos por éste, pues parece que ardió antes que aquél.

Varios testigos llevo escuchados, que vieron, y aun algunos de ellos fueron víctimas, del incendio de este convento de Agustinos calzados. El Padre Mariano Sorder, en sus últimos años ciego, habitante en Villafranca del Panadés, dictó á un mi amigo, que me la transmitió, una preciosa relación del hecho, de la que tomo las siguientes noticias.

Dicho Padre Sorder, entonces ya profeso, tenía su celda en la calle del Arco de San Agustín, sobre mismo de la puerta lateral del Templo, llamada de Santa Rita. Entre las nueve y las diez de aquella nefasta noche presentáronse ante ella tres o cuatro hombres, quienes cargados con fajinas las arrimaron a la puerta; y, sin proferir palabra, se fueron tranquilamente por el fuego. El Padre Sorder, silenciosamente, observaba por sus ojos desde la ventana lo que pasaba en la calle. Muy pronto llegaron algunos hombres con antorchas encendidas para poner fuego a la fajina; mas Sorder, luego que vió que iban a efectuar tal intento, tiróles un barreño no pequeño, que le servía para lavar los hábitos. El proyectil dió casualmente contra el farol del alumbrado público, rompiéndolo y produciendo estrepitoso ruido, bastante todo para impedir, ignoro por qué, que los incendiarios consumasen al pronto su incendio. Los tres incendiarios entonces, que creían estar solos y no ser vistos, pusieron en el Cielo sus gritos de indignación, apellidando a los frailes estúpidos, tercos, pillos, verdugos, etc., y añadiendo: «aun teneis atrevimiento para »resistiros. Esperad, vamos por los puñales con que rasgaremos vuestras carnes »y os exterminaremos para siempre». ¿Pueden darse raciocinio ni indignación mas locos? ¡Enfurecerse porque un hombre de bien se defiende!

Marcháronse los incendiarios, y Sorder corrió a noticiar el hecho a sus nueve o

diez jóvenes compañeros profesos y dos legos, que creo habitaban el mismo corredor de aquella calle, quienes, animados por el Padre Torra, se aperci-bieron para la defensa, acopiando junto a las ventanas agua, maderas, piedras, etc. En estos momentos fué cuando se hundió la techumbre de San José, y aquel distrito quedó iluminado de espantosos fulgores. A poco se presentó la turba, en la que no faltaban las mujeres; llenó la calle; y dando infernales gritos se dirigió a la mentada puerta de Santa Rita. Decíase que los principales de aquella turba eran de Reus, y su traje de calzón corto, polaina catalana (*calsó*) y gorra larga de aquella tierra, venía a confirmarlo. Y sea dicho de paso, a nosotros viene esto a confirmarnos en que los incendiarios eran gente pagada. Concuerta aquí perfectamente el dicho de la señora que vió tales hombres en la Rambla de Santa Mónica dirigiendo el arrastramiento del toro, con el del Padre Sorder que los halla en el incendio de San Agustín. La turba venía, continúa Sorder, provista de puñales, otras armas y herramientas. Los jóvenes frailes, con el agua, los ladrillos y demás objetos, valerosamente se defendieron, de modo que la turba retrocedió. Volvió luego al ataque, y nuevamente fué rechazada; mas entonces, reuniéndose bajo del arco del cabo septentrional de la calle, determinó dirigir su ataque a la puerta principal del templo, y a ella se enderezó.

Concorde con el Padre Sorder, mi respetable amigo el M. I. S. Don José Tintorer, otro de los mentados jóvenes de las celdas del callejón del Arco de San Agustín, dióme las siguientes noticias, que sólo discrepan de las de aquel en pormenores sin importancia, o mejor, que vienen a añadir perfiles al dibujo. Llegóse al convento un sereno, padre del fraile Isidro Pujadas, fraile que, después de la exclaustración, fué comandante de la Guardia municipal, y a quien todos hemos conocido. El citado sereno desde la calle del Arco llama en voz baja a su hijo. El señor Tintorer, que vigilaba

desde una ventana de la mentada calle del Arco, le responde fingiendo ser Fr. Pujadas, y entonces el sereno le dice: «vengo de San José que está ardiendo, y los incendiarios hablan de venir á San Agustín». Aun el sereno pronunciaba las postreras palabras, cuando aparecía la turba en la esquina de la calle. Iba un caballero con sombrero blanco, y levita blanca también, llevando una botella en cada mano. Seguíanle tres o cuatro cargados con sendos y grandes haces de fajina, y toda la turba se componía de unos siete ú ocho hombres. Colocaron los haces junto a la puerta, y arrojaron las botellas sobre ellos. Entonces los frailes emprendieron la defensa con rociadas de ladrillos, a las que los de abajo contestaban con infernales rociadas de blasfemias y denuestos; y sin duda alguno fué lastimado, pues se oyó un «¡Ay, la espalda!» Resolvieron los incendiarios abandonar por aquella parte el ataque, y se dirigieron a la verja de la calle del Hospital, la que cerraba la entrada al patio que antecedió al templo, la cual verja con desaforados golpes de mazo rompieron, y así entraron (1). Empero, al retirarse de la calle del Arco, amenazaron diciendo que iban por los fusiles.

Estas noticias procedentes del señor Tintorer vienen reforzadas por su concordancia con las dadas por otros religiosos jóvenes del mismo grupo de los que habitaban el corredor de la calle del Arco, y que con él se defendieron bizarramente, tales como los Padres Don Juan Guitart y Don José Benet. Sólo disienten en las palabras que mediaron entre el sereno Pujadas y su hijo, pues éstos ponen en boca del padre las de: «Isidro, Isidro, baja que vienen á mataros», y del hijo: «No puedo porque la puerta está cerrada, y el Padre Prior tiene la llave». — «Tírate por la ventana», repone el padre; a lo que con razón no

accedió el fraile. En esto los conventos de San José, Trinitarios descalzos y el de que trato tocaban las campanas en demanda de auxilio (2).

Rota la verja que defendía la entrada en el gran patio de ante el pórtico del templo, y cruzada la puerta de ella, los incendiarios se dirigieron a la principal del templo. De ella el fuego prendió al cancel y de aquí al coro. Luego entraron en el grandioso templo, e incendiaron el no menos grandioso retablo mayor, barroco magnífico.

Ardió todo él terriblemente, y su fuego se comunicó a otras partes del templo, y después a algunas habitaciones del convento.

Creo oportuno terminar esta reseña del incendio de San Agustín: 1.º, copiando de nuevo las palabras de Don Juan Camaló, insertadas ya arriba en el artículo 1.º de este capítulo; 2.º, copiando también otras oídas por un vecino, de cuya boca las tengo; y 3.º, relatando un hecho comunicado por un testigo ocular.

Me dijo el primero que aquella noche patrullaba, y como yo le preguntase: «¿Y no recibió V. orden de evitar los atropellos contra los conventos?» contestó: «Ca, hombre; si el gobierno» (*es decir, el de Barcelona*) «era el que hacía la cosa. Ellos mismos atizaban. Yo mismo patrullando pude ver alguna cosa. En San Agustín estaba Ayerve de uniforme á caballo con una partida de caballería, en la plaza, mirando tranquilamente como los revolucionarios atacaban aquel convento. Y los que atacaban eran cuatro canallas. Recuerdo que uno de ellos era un jorobado. Si me dejan obrar, con solos cachetes los echo de allí. Créame V., cuando la autoridad no quiere excesos, éstos no se cometen.» De modo que aquellos a quienes unas pedradas de los frailes ahuyentaron, no

(1) Me lo dijo en Barcelona en 17 de mayo de 1880.

(2) Relación del P. Juan Guitart. Barcelona 20 de diciembre de 1881. — Y del P. José Benet, de Barcelona a 24 de marzo de 1880.

fueron atacados ni dispersados por el Gobernador militar de la plaza al frente de sus caballos.

Las palabras del vecino son: que a media noche pasó por allí una patrulla, y hallándose frente la zapatería del Señor Serra, uno de los jefes, ayudante de plaza, dirigióse a la turba y le intimó que se retirase; que a esto la turba contestó con una negativa. Entonces el militar se lo pidió por Dios, recibiendo también un no. Insistió el ayudante diciendo ahora: «que lo hagan por él,» y con esto la turba se retiró. ¡Bien pudiera el tal militar trocar su espada por el cayado del mendigo! (1).

Don Benito Tomás, de cuya boca lo tengo, vió al Brigadier Ayerve como pasando de grupo en grupo iba por lo bajo incitándolos al ataque del convento (2).

Después de San Agustín, pero muy luego, fué pábulo de las llamas el templo y sacristía del Carmen de frailes calzados. Al decir de un lego del mismo convento, el toro arrastrado pasó por frente de esta casa a eso de las ocho, y a las nueve o nueve y cuarto, hallándose la Comunidad en el refectorio para la cena, llegó a ella la noticia de que la portería ardía, o se ponía fuego en ella (3).

La noble casa de Sagarra lindaba en la calle del Carmen con la portería del convento, dando aquélla su cara occidental a la oriental de dicha portería. Don Francisco de Sagarra, uno de los hijos de esta casa, persona en Barcelona muy respetada, primer jefe de Artillería carlista en la ciudadela de Seo de Urgel después, cuando la sitió el General Martínez Campos, Don Francisco, pues, hallándose aquella noche en su casa, vió venir de la

parte de la calle del Hospital por el callejón de Cervelló, vulgarmente entonces llamado *del Corralet*, dos hombres. Vestía uno de ellos pantalón de una tela de color amarillento claro, llamada aquí *llenquíns*, y chaqueta; y el otro pantalón blanco y levita negra. Este llevaba una antorcha encendida. Al llegar frente de casa Sagarra uno de ellos pregunta al otro: «¿Por dónde empezamos? ¿Por la »portería?» Y contesta el otro: «No, hombre, que todo esto *es un castell de llumquets*», es decir, que el fuego se comunicaría a los vecinos. Se dirigieron a la puerta del templo; dieron en ella cinco martillazos para clavar la tea; pusieron el fuego, y retrocedieron hacia la Rambla. Al llegar al extremo de la fachada del templo, o sea a la esquina que ésta formaba con la plazuela de la portería, y al hallarse bajo de la parrilla de iluminación que salía de dicha esquina, se les acercaron cuatro soldados y un cabo destacados del piquete que daba la guardia al general Saquetti en el número 31 actual de la misma calle, y apuntando los fusiles a los dos mentados jóvenes, les detienen. Entonces el que llevaba la antorcha la tiró en alto, pasando ésta por sobre los soldados, y los dos dieron vivas a la Artillería, a la Reina y a la libertad, añadiendo: «Todos somos hermanos». Los soldados retiraron sus armas, y como carecían de órdenes, regresaron a su cuerpo de guardia. Entonces, no sin harta razón Don Francisco, de cuya boca oí este relato, exclamó: «¡Estamos perdidos!»

Dióme las siguientes curiosas noticias el arriba citado aprendiz, en 1835 chico de 16 años, que no sólo vió aquella revolución, sino que, como dije, a ella contribuyó. La escena que describe en lo referente al Carmen calzado se refiere a lo que pasó con posterioridad a lo relatado por el señor de Sagarra. Me dijo que estuvo primero en San José, y entró en el templo con los incendiarios, donde éstos serían unos 20; que luego torció hacia el convento del Carmen, en cuya

(1) Relación del zapatero D. Juan Serra en Barcelona a 6 de junio de 1880.

(2) Me lo dijo en Barcelona a 5 de octubre de 1892.

(3) Relación del mismo lego, que se llamaba D. Francisco Cabal. Barcelona 28 de abril de 1880.

calle halló a un su condiscípulo de la escuela de baile, de nombre Cintet, el cual iba con una prostituta armada de un puñal. Cintet paró al aprendiz diciéndole: «*noy, avuy es lo día*»; y la mujerzuela, levantando el puñal, añadió: «*avuy, avuy traurem las ratas del cau. Avuy no n'ha de quedar cap*». Una señora que estaba en un balcón, al oír tales exclamaciones, horrorizada se metió dentro. Se fueron juntos los tres hacia el Carmen, en cuyo punto, por la confusión de la gente, el aprendiz perdió la compañía. En este convento la turba que había entonces sumaría unas 30 ó 40 personas. A la puerta del Carmen había acudido una fuerza compuesta quizá de 15 hombres, o cosa parecida. El oficial se oponía a la entrada de los incendiarios en el edificio; los revoltosos porfiaban por introducirse; y así, mientras de palabra se daba y tomaba, aumentado el número de los postreros, se colaron éstos en el templo, y el oficial no se atrevió a usar de las armas. El aprendiz vió por sus ojos como los incendiarios rociaban el retablo mayor con el líquido inflamable, operación que no efectuaron allí estrellando las botellas contra el retablo, sino que las cogían por la parte inferior, e inclinándolas y paseándolas regaban el retablo. «Figúrese V., me decía, cómo prendería el fuego en aquellos retablos tan llenos de doradas esculturas, que no se veía el muro» (1).

Del Padre Jaime Roig, escritas en su arriba mentado folleto, son las siguientes líneas, fielmente copiadas: «Yo mismo ví, hacia las 11 de la noche (*sería antes*), una fuerte patrulla de cien hombres a lo menos llegar frente al convento del Carmen calzado, donde estaba ardiendo la puerta de la iglesia y unos ochenta incendiarios en la calle prontos á entrar en ella y prenderla fuego. El gefe de

»aquella dió la voz de *alto* á su tropa »conferenció unos cinco minutos con los »directores del incendio, uno de los cuales »dió el grito de *viva la tropa*, que fué »contestado por todos los presentes, y á »la voz de *adelante*, continuó su marcha »la patrulla, dejando á aquellos libremente ocupados en su tarea. Todo esto »lo presencié yo, y á la media hora vi »repetirse allí mismo idéntica funcion »con otra patrulla tan considerable como »la primera. Penetraron por fin en la »iglesia, y toda ella fué presa de las llamas menos la capilla del Santo Cristo, á la cual pegaron fuego los urbanos que daban allí guardia por la mañana del día siguiente, diciendo uno de ellos: «preciso es hacerlo para que no se diga que su preservacion ha sido un milagro». No dudo que la escena aquí descrita por el Padre Roig es la misma explicada por el aprendiz con solas las variantes hijas de que aquél la presencié desde el terrado del templo, y éste desde la calle.

Efectivamente, ardió todo el templo, derrumbándose también la techumbre, hecho que supone un incendio muy voraz y persistente, ya que, siendo el edificio gótico, había de presentar no menguada resistencia. Del retablo mayor quedó el armazón, que estaba formado de albañilería, o sea las ocho grandes columnas y su no menor cornisamiento o cornisa. Ardió la Virgen titular con las muy ricas joyas y vestidos que llevaba aquel día de su octava, ardió parte del camarín con sus riquezas, y ardió la rica y espaciosa sacristía con sus cómodas, lienzos al óleo, utensilios del culto e indumentos. El fuego del templo no respetó el retablo de tablas góticas de San Eloy, procedente de 1482, ni los demás, que eran de épocas posteriores; pero sí dejó intacto el de San Miguel, que venía casi frente de la puerta principal del templo, y en cuyo nicho mayor había un crucifijo de tamaño natural. Mas la mañana siguiente, o sea del 26, un revolucionario lo incendió, como nos dijo el

(1) El dicho aprendiz, cuyo nombre me callo, me habló de los hechos de esta revolución varias veces, siempre concorde consigo mismo. Así en 2 de enero y 3 de mayo de 1889, en 27 de octubre de 1894, y en otras fechas.

Padre Roig y como explicaré más largamente abajo. Después el convento del Carmen albergó el Instituto y la Universidad, y por esto concurrí allá, siendo estudiante de Filosofía y Jurisprudencia, por espacio de nueve años continuos, y recuerdo aquellos muros denegridos por el fuego, aquel esqueleto del retablo mayor, aquel camarín convertido en habitación del conserje, aquellas capillas laterales sin retablos, aquella nave sin techo, y los usos humillantes a que algunas de las partes estaban destinadas, tal como un rincón de la capilla de San Alberto convertido en urinario, o con más verdad, aunque dicho con palabra baja, meadero.

Terminemos este párrafo no sin apuntar antes que el convento, o habitaciones, no ardió, y que el incendio de la parte del edificio destinada al culto empezó a quemar con posterioridad a San José, a los Trinitarios descalzos, y probablemente a San Agustín.

Al mismo tiempo aproximadamente que los conventos de Agustinos y Carmelitas calzados sufrían el incendio, se intentaba contra el de Servitas, o del Buensuceso, cuya salvación y su modo llevo arriba explicada al tratar del corto número de los incendiarios. Dije allí, por haberlo oído de labios del capitán de Artillería Don José de Amat y de Desvalls, que fué uno de los que lo salvó, que se presentaron allá una quincena de mozalbetes, no de la baja plebe, sino de clase acomodada, y que pusieron fuego a las fajinas arriadas al convento; pero que el mentado capitán con los oficiales Don Joaquín de Cabanyes y Don N. Vial, y otro más, desde el próximo cuartel de Estudios, ante cuya puerta se paseaban los dos primeros nombrados, acudieron movidos sólo de su cristiano y noble corazón. Que se esforzaron en disuadir del atentado a los mozalbetes, aduciendo el peligro de que el incendio se comunicara a las casas vecinas, argumento que, acompañado de algunos palos, aventó de allí a los agresores. Entonces pusieron los dichos jefes cuatro artilleros y un cabo en la puerta

del Convento, y esto bastó para salvarle (1).

Simultáneamente con los dichos cenobios de Trinitarios descalzos y de San José, era atacado el de Capuchinos, situado en la calle de Fernando y Pasaje de Madoz. Estos frailes, a la noticia del peligro, quisieron impedir que les alcanzara, y así los legos con las mazas de astillar la leña corrieron a derribar parte de la escalera, haciendo así imposible la subida; y, al propio tiempo, con los mismos instrumentos, parece destrozaban alguna de las rejas de las aberturas de comunicación con vecinos para abrir camino a la fuga. Cuando la turba, que muy pronto se presentó frente de Capuchinos, oyó este recio golpear, decía: «Dejarlos, dejarlos que salgan, que los mataremos» (2). El derribo de parte de la escalera lo atestiguó todo aquel barrio que con harta pena oía los furibundos golpes, ignorando quién los daba y contra quién. Pero antes de esta turba parece que había pasado por allí otra, ya que el fraile de esta casa Padre Félix María Perella, o de Olot, narra que a eso de las ocho menos cuarto, como notase el alboroto, corrió él mismo a cerrar el templo, en cuyo acto oyó que uno de la turba decía: «no, no, á estos no; vayamos á los ricos, á los que tienen dinero»; y realmente la turba se largó (3).

El Padre Ramón Colomines, o de Valls, a la sazón en Barcelona, contóme que en aquella aciaga tarde, después de haber comido en lugar de cena una frugal colación, estaba tranquilamente en un terradito jugando a las damas; que en esto pasó un lego, y les dijo: «sí, sí, pueden »VV. estarse aquí jugando, y abajo se »hallan ya los que quieren matarnos».

(1) Relaciones del dicho señor Capitán en Barcelona a 28 de junio de 1880, y 16 de febrero de 1885.

(2) Relación del fraile de este convento F. Jerónimo Martell, de Olot. Sarriá 24 de mayo de 1886.

(3) Me lo dijo en Olot a 9 de agosto de 1883.

El Padre suelta el juego, y corre a las persianas de la enfermería, que daban a la calle de Fernando. Desde allí vió que la turba derribó la verja que cerraba el patio de ante el templo; que tras de la turba venía una partida de tropa; que mientras los incendiarios atacaban la verja, esta fuerza hizo alto a espaldas de aquéllos, y tranquilamente presencié el derribo de la verja. Pasaba tal escena a cosa de las ocho de la noche. El fraile se tuvo por perdido, y huyó a esconderse (1).

Para opinar que la agresión contra capuchinos fué simultánea con la de los Trinitarios descalzos y San José, no sólo me fundo en los testigos aducidos, sino en el precioso siguiente testimonio:

«Paseaba aquella tarde, me dijo Don Pedro Subiranas, por el Puerto, y me hallaba en la linterna vieja cuando sonaron las salvas de la puesta del sol (7 y 16 minutos). Entonces retiré hacia casa, pero al llegar á la Puerta del Mar no la encontré abierta, porque habiendo pasado por ella el toro arrastrado y el motín, la cerraron. Esperé un ratito, y como se presentó para entrar una patrulla, que vendría de la plaza de toros, la abrieron, y así entré con ella. Subí por la Platería, y al llegar á la Plaza del Angel noté que estaba muy desierta, pues solo había un expendedor de billetes y unos compradores de ellos. Pasé la calle de la Librería, la Plaza de San Jaime, y calle del Call, donde yo habitaba; pero como la hora todavía era temprana para cenar, seguí por la de la Boquería, que también estaba desierta, hasta la Rambla. Desde allí ví un numeroso grupo en la misma Rambla frente de la calle de Fernando, el cual presenciaba el ataque del Convento capuchino. Los frailes se dijo que se defendían rompiendo la escalera, para impedir el acceso de los contrarios. En esto subía de Rambla abajo una patrulla de caballería, con cuya vista unos del grupo

»huyeron, otros la esperaron firmes. Entonces quise ver lo que aconteciera, y retirando por la misma calle de la Boquería salí á la de Fernando por la de Quintana. Allí los amotinados voceaban unos desde la calle, otros desde el patio del convento, á donde habían ya penetrado. La patrulla de caballería había ya pasado de frente del convento dejando en paz á los asaltantes, y se hallaba en la misma calle de Fernando, pero ya más arriba» (2).

Que el templo y convento capuchinos sin grave daño escaparon de este ataque y de otro que se perpetró más tarde, lo sabe todo barcelonés anciano; y por lo que se refiere al templo, yo mismo recuerdo que cuando muy niño entré en él, a la sazón adaptado a la forma de teatro. ¿Cómo salieron con bien de este ataque de las ocho? Un respetable sacerdote, entonces niño, me contó que allí vió que la turba, compuesta de unas cuantas mujeres y algún hombre, siempre pocos, intentaron poner fuego al convento capuchino, y que un oficial de un pelotón de tropa se lo impidió (3). Además, en el parte que del hecho dió el primer jefe militar de aquí al Capitán General se lee: «Enseguida pasé á la Rambla, donde se hallaba el teniente de Rey y juntos nos dirigimos al convento de Capuchinos, cuyas puertas estaban rompiendo, y no sin gran trabajo pudimos libertar. Mientras tanto incendiaron otros grupos las puertas del convento de S. José» (4).

Mas el entonces lego de este Convento, después sacerdote de Sarriá, y allí muy popular, Fr. Jerónimo Martell, me refirió que la turba de incendiarios atacó el Convento por la calle de Fernando, que intentó prenderle fuego, pero que acudie-

(1) Me lo dijo en Barcelona a 3 de octubre de 1883.

(2) Relación del Maestro de obras D. Pedro Subiranas. Barcelona 26 de enero de 1883.

(3) D. Jaime Arbós. Barcelona 7 de abril de 1880.

(4) Archivo de la Capitanía General.—Legajo titulado: *Quema de los conventos*, paquete 1.º, documento 1.º

ron los vecinos e hicieron ver a los revoltosos que incendiando el cenobio quemaban las casas e intereses de ellos, y que así lograron aventarlos de aquel sitio. Añadióme el mismo Martell que la autoridad nada hizo para salvar el Convento, sino que antes al contrario, él mismo desde el escondrijo donde sorteó los primeros peligros, o sea desde un entresuelo vecino del cenobio, vió la inacción de la autoridad, y que la caballería decía a los revoltosos: «adelante» (1).

¿Cómo concordar estos testimonios? Quizá del modo siguiente. Se refieren a distintos ataques. El primero, intentado sólo por unas mujeres y algún hombre, sería muy prematuro, y poco empeñado; y por lo mismo bastaría que al pasar un oficial de buen corazón, o el jefe militar dicho, de propio impulso, amenazaran a aquellos cuatro perdidos para que éstos se retirasen. Los demás ataques serían impedidos por los vecinos, como explica Martell. Y no podía dejar de suceder así en éstos. Los capuchinos, como en su lugar escribí, habían en 1823 experimentado los efectos de la revolución. Su casa fué igualada al suelo y sus habitantes perseguidos. Al reconstruirla en 1828 no olvidaron los tiempos que corrían, y así edificáronla sobre viviendas particulares, como larga y documentalmente queda explicado en mi obra anterior. La mitad inferior del edificio en la cara de la calle de Fernando pertenecía a particulares, y la superior era convento. Quemar el convento equivalía a incendiar las tiendas y viviendas de los que las poseían y habitaban. Y así solícitos andarían éstos en ahuyentar a los incendiarios.

Que se realizó un a lo menos segundo ataque, me lo testificó el Padre Félix María Perella, ya citado, quien me dijo que «después á eso de las diez de la noche volvieron los revolucionarios, y aunque no incendiaron el convento, sin

»embargo penetraron en él de modo que »los religiosos al ruido de su entrada, les »arrojaron desde arriba los deshechos »del derribo preventivo de la escalera y »parte del piso» (2).

Amigo inseparable de la verdad, no debo callar que un joven íntimamente relacionado con una familia vecina del convento, y que pasó la noche en la habitación de ésta en la calle de Fernando, me dijo varias veces que fué la caballería la que impidió el incendio de Capuchinos, y aún que custodió el convento durante la noche. No debo callar tampoco que el corista de este Convento Padre Ramón de Valls, o sea Colomines, me añadió que «los revoltosos vinieron y »pusieron fuego quizá dos o tres veces; »pero había por allí un capitán de caballería muy bueno, que se confesaba con »el exprovincial Padre Manuel de la »Nou, y éste, según se contó después, al »oir la campana del convento demandando auxilio, acudía y ahuyentaba la turba; y una vez esta fuera, los vecinos »apagaban el fuego». De todos modos queda en pie el enigma, resultando sin embargo probado que el convento escapó al fuego, y que en su defensa intervinieron algún militar de buen sentido y los vecinos, permaneciendo en controversia el papel o conducta observada por las demás fuerzas militares que pasaron por Capuchinos.

La misma contradicción de testimonios que en los Capuchinos hallamos en los Trinitarios calzados de la propia calle de Fernando; y sospecho que hasta los actores de los hechos son también los mismos. Mi abuela y mi madre, señoras sesudas y cuerdas y exentas de intereses que las llevasen a mentir ni a ilusionarse, mil veces me contaron lo que ya referí en el artículo 1.º de este capítulo, es decir, que un oficial y unos pocos soldados, puestas ya las fajinas, y encendidas, acudieron y las apagaron. Que el oficial las iba esparciendo con la punta de la espada. Que,

(1) Relación del mismo P. Martell. Sarriá 19 de julio de 1880.

(2) Relación citada.

entre tanto, los amotinados que habían puesto el fuego se situaron en la esquina de uno de los callejones de enfrente, y desde allí iban denostando al oficial y a sus soldados. Que éste en lugar de revolver contra los insultantes, callaba, e iba aconsejando a sus soldados que callasen. «Silencio, silencio», decía á sus subordinados, «dejarles». Mis dichas abuela y madre vivían en el número 31 actual de la calle de Fernando, en el primer piso, frente mismo del templo trinitario, y contaron lo que vieron por sus ojos y oyeron por sus oídos.

El Padre José Güell, fraile de este convento, desde una ventana o balcón de la contigua casa de Ortega, unida a la cara occidental del templo, en la que se refugió, vió uno de los ataques, y me escribe: «En casa Ortega me confesé por el peligro de muerte; mirando de una ventana vi los asesinos que aterraban la puerta de Capuchinos con un ruido espantoso. Vino luego la turba feroz á nuestro convento. Con agua arraz rociaron la puerta del Remedio; prendió la llama al momento; pero acudieron luego los soldados de un piquete de tropa, especialmente el oficial y el tambor, solo ví estos dos que acudieron á apagarlo. El herebero de casa Ortega gritaba: *apagar el fuego*, mientras otras voces de la parte opuesta de la calle clamaban: *que que-me*» (1).

Las criadas de casa Ortega contaron a un amigo mio que, viendo ellas que los amotinados iban a poner los haces y el fuego, llamaron a un jefe militar que acertaba a pasar, y le pidieron auxilio; y que éste desbarató el fuego y lo impidió (2).

Por opuesta parte el señor Don Pedro Subiranas, que nos habló en Capuchinos, decíame que después de haber presencia-

do lo arriba escrito respecto del último convento, subió por la calle de Fernando arriba y vió que los revoltosos por dos distintas veces pusieron fuego en la puerta de la Trinidad, es decir, cuando él llegó ya lo habían puesto, y vió que las dos los vecinos lo apagaron, asegurando que entonces allí no había tropa.

El zapatero que por muchos años me calzó, que vivía en la misma calle de Fernando, número 33 actual, de nombre Don Antonio Calsina, hombre muy formal y grave, decíame: «A las diez ó diez y media vinieron las turbas á la Trinidad, y pusieron fuego á la puerta del Remedio, la que sin embargo solo se chamuscó. Venían en numerosa turba. Acudieron entonces los vecinos entre ellos yo, y entremetiéndonos en aquel populacho les dijimos: *¿Qué feu? ¿Qué dimoni feu? ¿Qué no veyen que hi ha los vehins de las botigas? ¿Qué os pen-seu que tots son frares?* Y como en la turba todo el mundo manda, se fueron apartando los que la componían, y el convento quedó libre» (3).

En esta aparente contradicción se presenta muy obvio el desenlace con distinguir los tiempos y las horas de los varios ataques, diciendo que unos testigos se refieren a uno y los otros a otros.

A los tardíos o postreros ataques de la Trinidad se refieren sin duda las siguientes palabras que me dijo después un liberal, entonces dependiente de un comercio muy conocido: «A eso de las once de la noche pasé por la calle de Fernando, y en la Trinidad las mujeres malas echaban el líquido inflamable; los hombres le ponían el fuego; pero los vecinos lo apagaban. En esto subía de la Rambla una partida de caballería al paso. El gefe de su frente fumaba tranquilamente, y yo oí que el jefe decía á los incendiarios: «Ahora va bien.» Pasó con paz la partida de caballos; y como entonces la calle de Fernando no llegaba más que hasta el

(1) Carta que desde Roma me escribió el P. José Güell en 18 de enero de 1881.

(2) El amigo fué D. Ramón Reixach. Barcelona 11 de diciembre de 1891.

(3) Barcelona 21 de junio de 1881.

»cruce de la de Aviñó, la partida subió por el Call» (1).

He aquí una viva pincelada de mano del Padre José Güell, que, como dije, miraba la revolución desde casa Ortega, quien me escribió: «Las turbas de los asesinos é incendiarios iban y venían: »la tropa pasaba de cuando en cuando, »sable en mano la caballería, pero sin »sablear á nadie, diciendo *retirarse*, pero »se retiraban para volver apenas había »pasado la tropa. Oíamos campanas y un »gran ruido confuso, las campanas nuevas no se tocaron..., correrías de asesinos, de tropa, gritos, campanas hasta muy tarde. Despues de media noche se »apaciguó...» (2).

Los Trinitarios habían tenido la misma precaución de los Capuchinos, pues en los bajos del convento existían tiendas alquiladas a particulares, con la sola diferencia, sin importancia para el caso, que en los Capuchinos las tiendas eran de propiedad particular, y en los Trinitarios, si bien que habitadas por seculares, pertenecían al convento. En la de la esquina de la calle de Fernando con la de Aviñó habitaba en 1835, y habitó mucho tiempo después, el droguero Don Bartolomé Parera, al cual conocí mucho, y me dió datos sobre estos sucesos. En otra debajo el convento, en la calle de Fernando un fabricante de sillas, y en otra el zapatero Don Francisco Costa. Frente del convento, en la tienda del número 31 actual, esquina a la calle del Remedio, vivía el alcalde del barrio, señor Campmany, chocolatero, al cual también yo alcancé y traté.

Pero no sólo las puertas o puerta que el edificio abría en la calle de Fernando sufrió el ataque de los amotinados, sino que también, y supongo que en los principios, la entrada por el callejón del Nazareno. Este estaba cerrado todo él, y en su boca de la calle de Aviñó defendía

la entrada una reja de madera. Quisieron incendiarla, y para ello acudieron al mentado droguero de la esquina señor Parera en demanda de aguarrás. A los golpes dados a su puerta éste callaba haciéndose el dormido, mas como le amenazaron con incendiarle la puerta si no respondía, abrió. «Danos aguarrás», clamaban ellos; pero Parera, a pesar de tener de él buen repuesto, les contestó que no lo tenía. Insistieron y porfiaron uno y otro, hasta que al fin el droguero les dijo que, si dudaban, que uno de ellos entrara y lo viera. Con esto desistieron diciendo: «nada, »nada, con las fajinas tendremos bastante». Fueron por ellas, las aplicaron a la reja, y les pusieron fuego. Mas corrió el mismo Parera y un fabricante de cajas de cartón, llamado Don José Ribatallada, que vivía en la tienda de la casa número 27 de la calle de Aviñó, propia del convento, y vecina a la tienda de Parera, al cual Ribatallada yo muy bien recuerdo, y al cual había muchas veces oído cantar en el teatro Principal, del que era corista bajo; acudieron, digo, los dos, y haciéndoles ver a los amotinados que no sólo quemaban el convento, sino sus tiendas de ellos y viviendas, les amansaron mientras ellos mismos apartaban los haces y apagaban el fuego (3).

Así de todas las embestidas escapó ileso el edificio de la Trinidad.

También sufrieron varios ataques el grande y hermosísimo templo y el convento dominicos, o de Santa Catalina, y por la vaguedad de las declaraciones de los testigos y contradicciones no se puede fijar exactamente ni el número ni la hora de los ataques. Anochecido ya, se trató de poner fuego al edificio por la puerta principal. Antecedía al templo un patio circuido de cerca con puerta. Para abrir

(1) Me lo dijo en Barcelona a 7 de julio de 1881.

(2) Citada carta escrita desde Roma.

(3) Relación del mismo Don Bartolomé Parera en Barcelona a 28 de junio de 1880.—El nombre de pila de Ribatallada y el número de su tienda me consta por las cuentas que la Amortización llevaba de las propiedades del convento después del incendio.

esta puerta los incendiarios le pegaron un tiro sin duda en la cerraja (1), mas sea que por este medio la abrieran, sea que, según dicen otros, empleasen hachas, o que la quemasen, es lo cierto que entraron en el patio, y que trataron desde allí de incendiar la verdadera puerta mayor del templo, y que no ardió porque los vecinos acudieron y ahuyentaron a los agresores (2). Un señor, como dije arriba, que en aquel acto pasó por allá me añadió que le parecía mucho recordar que quien ponía el fuego era una mujer, y que él mismo lo vió (3).

Respecto a la hora del ataque decisivo unos testigos lo ponen en las once, otros en las once y pico, y otros en las doce, lo que indica que se realizó en aquellas altas horas de once a doce de la noche.

Ya arriba nos pintó el Padre Romualdo Espinás, joven fraile de esta casa, el grupo de incendiarios que la atacó, pues él, a la noticia del peligro habiendo huido del cenobio, y habiéndose refugiado en un panadero de la plaza de Marcús, primera casa de la calle de Moncada frente la calle de Boquer, desde un balconcito de su escondrijo la vió pasar. La turba venía del lado del Borne por la calle de Moncada, y se dirigía a Santa Catalina. Unos de los incendiarios iban en mangas de camisa, otros con levitas blancas, y cubrían su cabeza con pañuelos blancos, y empuñaban armas de diferentes clases. Tras de los hombres seguían una turba de chiquillos y curiosos alborotadores (4). Dirigiéronse a la puerta de San Jacinto. «Y tan pronto como llegué, escribe un »testigo presencial, prendieron fuego, a »las 11 de la noche; y si lo hicieron fué »que se presentaron una porción de hom- »bres, y dijeron: «no es vergüenza que

»todos los conventos arden, y este no. A »buscar aguarrás y fajinas, y que queme »como los demás», y en seguida prendie- »ron fuego, y yo me retiré a mi casa» (5). Y sigue el Padre Romualdo Espinás, de arriba, y dice que los revoltosos arrimaron haces de leña a dicha puerta de San Jacinto, y les pegaron fuego; pero que los vecinos por dos veces los arrojaron de allí, y con agua apagaron el fuego (6). Mas volvieron aquéllos, y volvieron reforzados con más turba y amenazaron a los vecinos con echarles a las llamas. De donde resulta que, como me dijo un monacillo y vecino de este convento, las arremetidas contra la puerta de San Jacinto fueron a lo menos tres.

En una de estas arremetidas de los incendiarios, opino que en la postrera y decisiva, el concejal Don Tomás Illa y Balaguer, al cual encontramos en San Francisco de Asís apagando el incendio; y recabando del Brigadier Ayerve facultad para llamar en su auxilio a las fuerzas militares; el concejal, digo, Illa, que tenía un hermano fraile, corrió en busca de tropa que impidiese el atentado contra Santa Catalina. Efectivamente, en la plaza del Angel topó con un pelotón de caballería. «Soy regidor de Barcelona, »dijo al jefe de él, y traigo orden del Bri- »gadier Ayerve para utilizar la fuerza »pública. Si me cree V. sírvase seguir- »me». Creyóle y siguióle el militar. Al llegar al incendio limitóse éste a recomendar «orden, orden». Illa, indignado, le apostrofa diciéndole: «¿Qué orden, ni qué orden es esto? Esto es un desorden». El jefe no le hizo caso, y la turba enva- lentonada clamó contra Illa apellidándole «carlista, paparra, etc.» y pidiendo que se le arrojase a las llamas; en vista de lo que el señor Illa se retiró. Así me lo explicó el nombrado Padre Espinás, que,

(1) Relación del P. Miguel Calvila, de este convento. Olot, 23 de agosto de 1883.

(2) Relación del mismo P. Calvila y de otros.

(3) D. Manuel Oller. Barcelona 27 de febrero de 1884.

(4) Relación de dicho Padre. Barcelona 21 de diciembre de 1880.

(5) Quien lo dijo ocultó su nombre, temo que por ser uno de los incendiarios.

(6) Varios testigos me lo dijeron, entre ellos el fraile de ésta D. José Cid, pues los frailes lo vieron desde el campanario.

amigo del señor Illa, lo habría oído de su boca.

Otro amigo del concejal, Don Jacinto Burdoy, me relató y confirmó este hecho de Illa, añadiendo algún perfil y discrepando en algún otro. Me dijo que Don Tomás salía de la casa comunal; que al pasar por la calle de Libretería o Bajada de la Cárcel, oyó el triste tañido de la campana de su querido convento de Santa Catalina, y en la plaza del Angel halló el grupo de caballería dicho; que efectivamente, pedido el auxilio al jefe de él, éste obedeció, pero que ya en el camino disgustó a Illa la lentitud del paso con que seguía la fuerza militar. Que llegados a Santa Catalina, la tropa formó en la calle de San Jacinto. Que viendo que los agresores eran unos cuantos chiquillos, el mismo Illa los dispersó y ahuyentó, mas que al cabo de un rato se presentó una turba de hombres llevando una viga para con ella forzar la puerta de San Jacinto. Que entonces Illa manda al jefe militar que separe la turba, pero que éste le contestó: «nunca haré armas contra el pueblo». Indignado Don Tomás, le replica: «¿A esto llama V. pueblo?», y encarándose con la turba, la apostrofa enérgicamente para que retroceda: pero que en aquel momento cae Illa preso de un desmayo. Se dijo que en el mismo acto uno de los incendiarios iba a darle una puñalada, mas que se detuvo al verle caído sin sentido. Un alguacil fiel, que a Don Tomás debía su credencial, le había seguido desde la casa de la ciudad, y al verle caer corrió, y levantándolo, lo llevó a su casa del desmayado (1). Concuerda, pues, el relato de Burdoy con el de Espinás, discrepando sólo en el acto final.

Un tercer testigo, hermano de otro fraile de este convento, Don Felipe Carrancá, me dijo que en una reunión de varias personas él mismo oyó de boca de Don Tomás Illa dicho relato. Que Illa, al salir de la casa Municipal, se puso la banda de regidor, que pidió luego el auxi-

lio a la caballería, que ésta le siguió, pero que al ver Don Tomás que la dicha fuerza de ejército, en lugar de aventar a los incendiarios, les decía: «por la otra puerta, sin comprometerlos,» y que al saber que por la espalda se le amenazaba con un puñal, que se retiró (2).

El monacillo de este templo, Don Jaime Torallas, muy enterado de aquel vecindario, ratificóme el dicho de los militares de allí, de «por la otra puerta» (3).

Quizá algún honrado lector, movido de su propia buena fe, se resista a creer en tal hecho de los encargados de velar por la paz; pero los testigos abundan tanto que excluyen toda duda: por esto le molesto insertando sus numerosos testimonios. Don Pablo Mota, tejedor, que vivía en la contigua calle de Tragi, al alboroto quedóse por temor encerrado en su tienda, mas desde allí oyó perfectamente lo acaecido fuera. A eso de las once y cuarto pasó por dicha calle una turba con gritería y ruido infernal, dirigiéndose a Santa Catalina. Al cabo de un rato compareció una patrulla de caballería en la misma dirección. A su vista la turba, compuesta de hombres y mujeres, huye, mas el jefe de la fuerza militar les dice: «no se vayan, no huyan, que venimos para apaciguar, y no para alborotar». La turba cesó en su fuga, y dando gritos de «fuego», continuó su tarea. El señor Mota desde su tienda oyó las transcritas palabras del jefe militar y los hechos de los amotinados, y su relato lo tengo de sus labios (4).

Don Francisco Canyellas a la sazón vivía en la calle de Tarrós, esquina a la sin salida del Forn de la Fonda, y me contó que en aquella noche pasaban por aquellas callejuelas del contorno de Santa Catalina las turbas, invadiéndolas y causando no corto sobresalto a las personas honradas. Hallábase este señor en su bal-

(1) Barcelona 1.º de diciembre de 1881.

(2) Me lo dijo en Barcelona a 13 de enero de 1885.

(3) Barcelona 30 de diciembre de 1888.

(4) Barcelona 5 de mayo de 1882.

cón cerca de las once, cuando abrió su corazón a la esperanza al ver llegar una patrulla de caballería a su propia calle. El jefe intimó a la turba que se retirase, más esta, con términos que la pluma honrada no copia, contestó que no se quería retirar y profirió gritos hostiles a los frailes. Entonces el jefe, en lugar de enojarse, replicó: «Adelante, muchachos, que »todos somos unos». Las buenas personas perdieron toda esperanza y quedaron como muertas. A poco ardió la puerta de San Jacinto, y al cabo de un rato oyó este señor el ruido de revolvimiento de maderas dentro del templo, revolvimiento que sin duda se efectuó para amontonarlas y pegarles fuego. Luego ardió el retablo mayor, el órgano y dos o tres retablitos más (1). El mismo señor Canyellas me contó estas tristes escenas.

En la calle Baja de San Pedro, dando la cara trasera de la casa al huerto del convento, vivía el comisario de Policía Don Francisco de Llosellas. Después de anochecido, este señor Comisario acudió al General Saquetti pidiéndole fuerza para custodiar el convento de Santa Catalina. El General le dió alguna de tropa. El Comisario la condujo al convento y la distribuyó en centinelas alrededor del edificio para así tanto impedir el incendio, cuanto proteger a los frailes fugitivos. Dió orden a los centinelas que detuvieran a cuantos saliesen del convento, pues quería salvarlos llevándolos al punto destinado por la autoridad. Mas notó el señor Llosellas que los soldados, mientras en alta voz recomendaban a las turbas la paz, por lo bajo las incitaban al crimen, por cuya razón se retiró. Y esta tan elocuente prueba la tengo de boca del hijo del Comisario, el muy honrado notario Don Melitón de Llosellas (2).

Después de tantos y tan calificados testigos holgará toda duda y comentario.

La efervescencia no llegó a San Pablo del Campo, monasterio y colegio de la

orden benedictina claustral tarraconense y cesaraugustana, hasta cerca de las diez de aquella nefasta noche. La turba que se presentó se componía de hombres, niños y mujeres mal vestidas, de horrendo aspecto. Es de advertir que entonces aquel barrio sólo estaba habitado por gitanos y el verdugo, pero aquellos gitanos y gitanas reverenciaban y amaban al renombrado profesor del aquel colegio Don Juan de Zafont, con el cual se confesaban; y por lo mismo estimaban su iglesia de San Pablo. Al ver el peligro que con la llegada de la turba corría ésta, acudieron los dichos gitanos y con el hijo del hortelano Don Jacinto Llansana, de cuyos labios lo tengo, trataron de evitar el ataque. A este fin colocáronse arrimados a la reja de la cerca exterior, y pacíficamente iban disuadiendo y apartando a los revoltosos que se aproximaban. Uno de los gitanos puso junto a dicha reja un par de borricos, y con pretexto de que no le tocaran las bestias separaba a cuantos se acercaban. Por otra parte, la mentada cerca exterior y sus rejas, separadas como se hallan y hallaban de los edificios, dificultaban obrar de pronto contra de ellos y atacarlos. Pero, sobre todo, lo que muy luego en aquella triste noche arrancaba de San Pablo y sus contornos a los malintencionados era el campaneó, lucha y disparos de la próxima casa Seminario de Padres Paúles. La dicha campana no paraba un momento, y los tiros exaltaban en modo extraordinario a los revoltosos, quienes, al oírlos, corrían dejando olvidado a San Pablo.

A los gitanos se unieron también en la buena obra otros vecinos, bien que a la verdad por frente de San Pablo no pasaron grandes turbas, pues las más numerosas que acudieron al Seminario procedieron del lado del Padró. «Si los incendiarios, añadióme Llansana, se presentan »frente de San Pablo en grandes turbas, »no creo que ni yo, ni los gitanos, ni los »vecinos, ni las rejas, ni nadie las detiene »y salva la casa;» y repite «que las mujeres eran como leones.»

(1) Barcelona 1.º de diciembre de 1882.

(2) Barcelona a 6 de diciembre de 1880.

El sacristán seglar de San Pablo durante la noche cometió la imprudencia de atravesar el patio yéndose al edificio hoy casa rectoral; y como vestía de negro y fué visto de la calle, la turba se exaltó bastante; mas pronto la campana del Seminario la divirtió a otra parte (1). Así se salvó San Pablo, hoy (1912) parroquia y joya preciosa del arte románico.

Un rumor muy extendido, y creído, he oído referir por varios en esta ciudad sobre la salvación de San Pablo. Se dice que al acudir la turba allá, uno de los mismos que la capitaneaba le hizo rostro y la detuvo, gritando: «no, no, aquí no se pone fuego, que hay una máquina que vale más que Dios,» refiriéndose al instrumento ideado por Don Juan Zafont que representaba el sistema planetario. Quien no sea de esta tierra extrañará en el dicho la exageración y la blasfemia. Nosotros aunque por un lado profundamente deploramos este horrendo vicio de blasfemar de algunos catalanes, confesamos que en aquella época de ignorancia se dió a la máquina de Zafont una exagerada importancia de que realmente carecía.

Este rumor viene confirmado por las respetables líneas siguientes referentes al hecho: «Llegó la turba delante de la verja de dicha iglesia (*de San Pablo*), y mientras se disponía á derribarla para llegar á la puerta del templo, apareció un hombre en mangas de camisa, que abriéndose paso á empujones por entre aquellos energúmenos, púsose delante de la puerta, y con voz estentórea y empleando los vocablos más enérgicos y convincentes que el caso requería, díjoles poco más ó menos estas palabras: «Muchachos, no incendiar esta casa, porque encierra un tesoro de sabiduría y un trabajo primoroso, fruto de muchos años y de mucho estudio.» Segun contaba el mismo venerable Abad á mis padres, á cuya casa venía á menu-

do á pasar la tarde, y donde se le obsesquiaba con chocolate..., estas palabras bastaron para que aquella turba, no muy numerosa, se desbandara; salvándose de la ruina la iglesia y claustros» (2).

Efectivamente Zafont mismo contó el caso al Excmo. Señor Don Manuel Durán y Bas, de cuya boca lo tengo (3).

A la casa de la Misión de Padres de San Vicente de Paúl, hoy cárcel de mujeres, sita en la calle de Amalia, le tocó tarde el luctuoso turno del ataque, pues las turbas no llegaron allá hasta cosa de las diez. Venían, según arriba nos dijo el hijo del hortelano del vecino cenobio de San Pablo, del lado del Padró; y por lo mismo procederían del núcleo de incendiarios de los dos conventos de Carmelitas. Llegaron al Seminario dando vivas a la libertad, e inmediatamente pusieron fuego a la puerta principal, o sea la actual de la cárcel en la calle de Amalia. El Padre Don Juan Figuerola había militado durante la guerra de la Independencia, y así, acostumbrado a las armas y a sus peligros, juzgó no ser del caso dejarse asesinar sin defensa. Tomó la dirección de ella. En los pisos distribuyó los defensores; en el bajo no faltaba acopio de ladrillos para las obras de la casa entonces en construcción, y en los altos con palos o mangos de escoba eran prontamente arrancados los de los suelos. Así al fuego de la puerta los religiosos contestaron con rociadas de ladrillos, rociadas que aquéllos ahorraaban, pero que repetían cada vez que los incendiarios se aproximaban para su intento. Defendíanse también a tiros los religiosos mediante dos o tres armas largas, fusiles o escopetas, de cuya procedencia hablaré en su caso. Al principio tiraron sin bala; mas luego, como los incendiarios, viéndose imposibilitados del incendio, intentasen escalar la casa, los

(1). Relación del indicado hijo del hortelano D. Jacinto Llansana. Barcelona 9 de junio de 1886.

(2) Sr. M. en el *Diario de Barcelona* del 9 de febrero de 1908, pág. 1730.

(3) Me lo dijo en Barcelona a 23 de febrero de 1898.

religiosos tiraron con bala. Los agresores al religioso joven Don Fernando Partagás, muy mi amigo, de cuya boca lo oí, le asestaron hasta diez fusilazos, sin acertarle. El, a pesar del peligro asomóse algunas veces a las ventanas, y desde allí, al resplandor de la siniestra luz de la hoguera, vió a los incendiarios. En mangas de camisa, arremangados los brazos y con grandes puñales y navajas en las manos, furiosos por la defensa de los religiosos, les amenazaban con dejar sus cuerpos de tal modo que el mayor pedazo fuese la oreja. Tales amenazas encerraban a los frailes en la más forzada precisión de defenderse hasta la última trinchera.

Cuando los asesinos comprendieron que el ataque era imposible desde la calle, y alguno de ellos caía herido, subieron a la casa de enfrente del Seminario, y desde las ventanas de ella hostigaban a tiros a los seminaristas, los cuales, ocultos tras de los antepechos de las suyas, no cesaron de echar ladrillos y de hacer disparos. El seminarista señor Don José Perramón y Cantarell, también muy amigo mío, tiró a uno de los agresores de enfrente, de oficio cerrajero, un ladrillo con tanto acierto, que le dió en el rostro. En cambio una bala de los incendiarios hirió mortalmente al lego Hermano Campmol.

Los incendiarios no sólo usaron del fuego, las armas y la fuerza, sino también de la astucia y el engaño. En lo mejor de la refriega se presentó en mitad de la calle un hombre, gritando a los religiosos: «alto, señores, vengo á poner orden.» El director de la defensa contestó a esta invitación ordenando que al tal pacificador se dirigiesen los proyectiles; de los cuales le alcanzó un ladrillo que le hirió. Y cuando empezó a alborear aparecieron también unos centinelas al rededor del edificio, quienes invitaban a los seminaristas a que bajasen, que ellos les protegerían; mas los directores de la defensa contestaron que hasta ver tropa no bajarían.

Entre los agresores figuraban los pobres

a los cuales el Seminario daba la diaria sopa, y entre los directores del ataque albañiles de las mismas obras del edificio, a la sazón incompleto. De la turba fué herido en un pie un herrero de nombre Don Pedro Sampere y Llausás, individuo de familia muy liberal, y algún otro, pues un conocido mío halló un chico en la muralla contigua herido en una rótula, y le acompañó al hospital.

Durante toda la noche el Seminario pidió auxilio con su campaneó; los disparos de agresores y defensores atronaron el barrio, y buena parte de la ciudad; y la autoridad nada de esto oyó, prolongándose el batallar, o el sitio, desde las diez de la noche del 25 hasta cosa de las cinco de la mañana del 26, es decir, siete horas, en una ciudad entonces pequeña y murallada; hora la postrera en que una fuerza de carabineros sacó de apuros a los sitiados, y los llevó al fuerte de Atrazanas (1).

En las primeras horas de la revuelta contra los conventos, el de San Francisco de Paula, de frailes mínimos, parece fué olvidado de los incendiarios, pues estos no se presentaron en sus puertas. Avisados del peligro sus frailes, los más de ellos huyeron. Tres se abrigaron de la hospitalidad de una buena mujer que vivía en un tercer piso de una casa de enfrente del Convento, y desde tras sus cristales presenciaron los ataques. A las diez, por la calle entonces llamada de *Cuch*, hoy de la Virgen del Pilar, llegó una turba de incendiarios, provista de fajina; colocó los haces arrimados a la puerta del templo; tiró sobre ellos unas botellas de líquido inflamable, y les puso fuego; el cual prendió y creció con tanta fuerza,

(1) He tejido la anterior relación del ataque de la Casa de PP. Paúles valiéndome de las que del hecho me hicieron los religiosos de dicha Casa, actores del mismo hecho, señores D. Fernando Partagás, D. Ramón Madám y D. José Puig, presbíteros, a los que toda Barcelona conoció. El nombre del herrero herido, y el hecho, me lo dijo el hermano de él D. Antonio, muy liberal.

que sus llamas superaban el límite superior de la fachada. Sin embargo, este fuego fué sofocado. ¿Quién obró el buen servicio? El fraile Padre Juan Parera, o Perera, uno de los de la casa de enfrente, y que después me lo contó a mí mismo, me dijo que, al ver el incendio, los vecinos salieron de sus puertas y quisieron impedir el atentado, pero que los incendiarios révolvieron contra ellos a pedradas, de tal modo, que los pacíficos vecinos tuvieron a fortuna meterse de nuevo en sus casas y cerrar sus puertas. Que entonces los nueve o diez frailes que todavía permanecían en el Convento echaron las campanas a vuelo como en día de un entierro, y que a este tañido un señor Foxá que con milicianos daba la guardia al Hospital militar, entonces situado en la plaza de Junqueras, acudió con su fuerza, dispersó a los incendiarios y apagó el fuego. Añadióme Parera que el mismo Foxá le había testificado su intervención en el hecho, y que estaba allí (1).

El Padre Francisco Güell, fraile de esta casa, pero a la sazón ausente de ella, me añadió que, en el ataque de las diez, los religiosos tocaron a muertos, y que acudió fuerza de caballería, la que dispersó a los revoltosos, y que los vecinos apagaron el fuego. Que el jefe de la fuerza mandó abrir el Convento, y que dijo al Padre Procurador, a la sazón el más calificado, que si querían los frailes salir, serían acompañados por su fuerza. Entró la tropa, y recibió de beber; y mientras ésta bebía, consultó el Procurador el voto de sus frailes, los cuales unánimes optaron por continuar en el claustro, pidiendo sólo que Foxá se llevase a un religioso de ochenta y siete años que podía embarazarles en cualquiera eventualidad. Buscaronle por todos lados hasta que, finalmente, le hallaron en el extremo de la huerta al pie de la muralla de la ciudad, metido en el zafareche, con agua hasta la rodilla. La fuerza lo llevó, y los reli-

giosos volvieron a cerrar herméticamente las puertas y ventanas (2).

Un tercer testigo, éste presencial como el Padre Parera, escribe lo transcrito arriba en el artículo 1.º, a saber: que huyó del fuego del Seminario, o casa de Paúles, porque, como éstos se defendían, temió un balazo. Que se vino a San Francisco de Paula «y ví algunos hombres» que estaban poniendo fajinas á la puerta del convento, y prendieron fuego, y «enseguida se marcharon, y el vecindario trató de apagarlo. Delante de la» puerta había unos cuantos artilleros con «su gefe que era un teniente; al cabo de» un rato se presentaron una turba de «hombres que parecían demonios, gritando: mueran los frailes, que son carlistas,» y el teniente les contestó: si quieren «matar carlistas vayan VV. á la montaña, y no matar indefensos como VV. hacen» (3).

¿Cómo concordar tales contradicciones? Vienen a convenir todos los testigos en que a las diez se realizó el primer ataque, en que el vecindario tomó parte en buen sentido, en que los frailes pidieron auxilio con las campanas, y en que acudió y salvó al Convento la fuerza pública. Respecto de las discrepancias, el buen sentido opina que realmente fué la fuerza y no los vecinos solos los que aventaron a los incendiarios; que esta fuerza, a la que Parera llama de milicia, Güell de Caballería, y el anónimo de Artillería, realmente pertenecería a este noble cuerpo. Para esta última opinión me fundo en que el cuerpo de Artillería fué el que en aquella noche se portó muy bien; en que el ofrecimiento de acompañar a seguro lugar a los frailes concuerda con el comportamiento observado entonces por los artilleros, y en que el apellido de Foxá es de familia noble, y en aquella época los hijos de familias aristocráticas solían entrar en Artillería.

(1) En Barcelona a 12 de mayo de 1880.

(2) Me lo dijo en Barcelona a 28 de marzo de 1880.

(3) Relación anónima.

Escritas las anteriores postreras líneas, creí imposible que en esta ciudad no quedaran deudos y amigos del señor de Foxá, de quienes poder inquirir el cuerpo militar a que dicho benemérito señor perteneciera; y así entablé mi pesquisa. A poco dí con un hijo de una familia muy amiga de Foxá, quien me dijo que en 1835 Don Narciso de Foxá, padre de un Don Enrique, condiscípulo mío, era teniente de Artillería de Ejército, y que fué quien acudió a los mínimos, y allí, sable en mano, ahuyentó a los incendiarios y salvó el Convento. Con esto mi opinión se convirtió en certeza; pues, aun cuando una respetable y muy cuerda señora me había dicho que su marido, capitán en un batallón de milicia, había con su compañía apagado el fuego de San Francisco de Paula; como uno de los individuos de esta compañía de milicia dejase escritos muy por menudo todos sus servicios, y al relatar los de aquella aciaga noche se calla este de San Francisco de Paula, opino que la expresada señora se equivocó o confundió un convento con otro.

A la una de la noche los incendiarios repitieron su ataque poniendo otra vez fuego al templo, pero los frailes de nuevo pidieron auxilio con las campanas, y una fuerza de Artilleros de Ejército, al mando del oficial Planas, acudió y salvó la iglesia y la casa. También entonces los militares propusieron a los frailes que había en ella la salida y acompañarles a lugar seguro (nuevo dato para creer que eran artilleros los de la primera visita); mas los religiosos insistieron en quedarse, y se quedaron (1).

A las cuatro de la madrugada, regresados allí los amotinados, intentaron derribar la puerta a hachazos, según me dijo Parera que lo vió, y con fuego, según el Padre Güell; y en esto, acertó a pasar por allí una patrulla de caballería que venía del lado de San Pedro. Esta dejó

en paz a los revoltosos que continuaran su obra de destrucción. Entonces Parera y sus compañeros, temblando pasmados, comprendieron que los conventos habían acabado, y los frailes de dentro del claustro se apresuraron a ponerse en salvo, huyendo (2). Sin embargo, este edificio no ardió, sino que después, expulsados los frailes, sirvió de parroquia.

¿Quién lo salvó del postrer mentado ataque? No dudo que a éste se refiere el siguiente relato del médico Don Vicente Xuclá y Roca, cuyos abuelos vivían frente del convento. «Mientras ardian »varios conventos, se presentaron delante de la porteria de San Francisco de »Paula las turbas provistas de haces de »leña, con el propósito de pegar fuego, »cuando Don Manuel Roca, maestro tejedor de velos, hijo mayor del propietario »de la casa de enfrente, que hoy día »reedificada lleva el número 10, impidió »que tal se hiciera, apostrofando en »duros términos á los desalmados y amenazándoles con su fusil de miliciano. »Hízoles además observar que el fuego »podría propagarse á los edificios vecinos, y por otra parte que los religiosos »habían ya huido. Logrado su propósito, »procuró sin pérdida de momentos salvar »á los frailes que sabía quedaban en el »convento; en cuya tarea secundáronle »varios amigos y vecinos.... y le ayudaron los colonos del huerto llamado de »Favá contiguo al convento» (3).

En vista del inminente peligro, en aquella noche los más de los religiosos Camilos salieron de su casa de Agonizantes, quedando sin embargo dos, a saber, el Padre Don Pablo Recolons y el Padre Don Esteban Coxerrera. El primero de éstos, llevado del temor, y por justa prevención, observó cuanto qudo, desde la

(1) Relaciones del P. Francisco Güell y del P. Juan Parera, citadas, y del Capitán de Artillería D. José de Amat y de Desvalls.

(2) Relaciones del P. Güell y del P. Parera, citadas.

(3) El médico Xuclá, que dictó esta relación, era nieto del protagonista D. Manuel Roca. Me la entregaron en Barcelona a 16 de diciembre de 1895.

ventana de su propia casa convento, los acontecimientos de aquellas aciagas horas, y de su boca tengo las siguientes noticias referentes a su dicha vivienda.

Tres peligros graves corrió entonces: el primero a las doce o la una. Oyóse que por el lado occidental de la misma calle Baja de San Pedro algunos hombres corrían; pero desde la indicada ventana no podía descubrirse toda la escena, porque la tortuosidad de la calle no dejaba ver más que hasta el recodo que ésta forma frente la *den Cuch*, hoy de la Virgen del Pilar. Vióse, sin embargo, que dos o tres hombres se apostaban escondidos en los huecos de las cerradas puertas, colocándose sobre los umbrales, como esperando a alguien que por allí debía pasar. Realmente, a poco llegó allí un hombre, perseguido por varios, entre los que descollaba uno, no de la baja plebe, en mangas de camisa, camisa muy blanca, y con un sable en la mano, sable muy arqueado y envainado, el cual señor sería probablemente el jefe de los demás. Los apostados en los umbrales, y también los demás, se echaron furiosamente sobre el perseguido, el cual cayó al pie mismo de la iglesia de Agonizantes, y allí le mataron a golpes, y al fin tirándole una piedra a la cabeza. La víctima no exhaló ni un ay, guardando completo silencio. Así me dijo el Padre Recolons; pero un vecino que vió la triste escena desde su balcón de la esquina de la calle de *La Perdin*, me añadía que él oyó las grandes voces del perseguido de «Perdonadme, perdonadme, ya os pido perdón» (1). Daría estas voces al pasar frente de su casa, y luego ante la de Agonizantes callaría. Volvamos a las noticias de Recolons. Mientras se cometía tal atentado acertó a pasar por allí, viniendo del lado occidental, una patrulla, que Recolons llama de milicia, pero que debió de ser de ejército, porque por mil conductos consta que en aquella

noche la milicia urbana no fué llamada. Venía formada por mitades, mas ante el recodo de frente la calle de *n Cuch* formó por cuartas, y siguió tranquilamente su curso, pasando por el lado del grupo malhechor sin decirle una palabra. Consumado el crimen, el indicado señor, presunto jefe, teniendo a su redonda a los compañeros de iniquidad, al lado del cadáver, éste fuera del corro, exclamó: «¡Viva... ya n'hi tenim un altre de punyetero!»

Durante la ejecución del asesinato uno de los ejecutores propuso incendiar la casa de Agonizantes, pero de entre ellos salió una voz diciendo: «dejadlos. Estos ya trabajan». Y al retirarse todos, que lo hicieron luego, el jefe, sin duda reparando en la cabeza del Padre Recolons de la ventana, en un momento en que sus compañeros no le reparaban, hizo ademán de coger una piedra y tirársela, sin duda para darle a entender que se retirase y no comprometiese la casa. El cadáver fué quitado muy pronto, y lavadas las manchas de sangre.

En altas horas de la noche la casa-convento corrió el segundo peligro. Un grupo de siete u ocho hombres desde la calle de la Clavaguera entró en la Baja de San Pedro. Hablaban y se gloriaban de las fechorías que habían cometido en el ataque del Seminario paúl. «Yo, decía uno, he llevado allá un haz de fajina»; otro otra triste hazaña, mientras un tercero añadía: «pero, amigo, allí no falta su peligro, porque los de dentro se defienden». Antes de llegar el grupo a la casa de Agonizantes uno observa y dice que allí todavía no se ha puesto fuego, y al momento otro que llevaba el fuego da una gran patada contra el suelo, y echando una exclamación, dice: «Se me ha acabado el fuego. Estos se escapan», y pasaron de largo.

Más tarde otro grupo, y es el tercer peligro, salió también de la calle de la Clavaguera a la Baja, llevando antorchas encendidas, y clamando: «¡A San Francisco! ¡A San Francisco!» Pasó por frente la casa, sin molestarla; y a poco rato se

(1) Relación de D. Carlos Guilerá en Barcelona en abril de 1882.

oyeron las campanas de los mínimos en demanda de auxilio (1).

Ignoro lo que acaeciera en las Escuelas Pías; sólo sé que no experimentaron molestia grave; y he oído contar, no sé con qué fundamento, que al acercarse a ellas un grupo de incendiarios, uno, sin duda jefe, le detuvo diciendo: «No, a éstos no, »que enseñan al pueblo».

El Colegio de San Buenaventura de frailes franciscos, convertido hoy en Fonda de Oriente, entonces, desde cosa de un año antes, alojaba en parte de su edificio las oficinas de la Policía, y así no fué ni podía ser atacado. Y quizá por su contigüidad con esta casa tampoco lo fué el del lado meridional, llamado del Santo Angel mártir, de frailes Carmelitas calzados. Del de Trinitarios calzados diré en el capítulo siguiente. También fué atacado.

Los incendiarios no se olvidaron del de Dominicos, titulado de San Vicente y San Ramón, sito en la calle de San Pablo, esquina occidental con la de Robador. Su Padre Rector, Fr. Segismundo Riera, al ver el incendio de otros conventos, salió con los ahorros del colegio destinados a su reedificación, y se acogió a una casa que creía amiga, donde, traicionado, fué parece robado, y arrojado a la calle pereció asesinado, como largamente referiré en su lugar. Al regresar al colegio el criado que le había acompañado, vió a eso de las nueve de la noche, vió, digo, que un puñado, y sólo un puñado, de incendiarios ponían la hacina de combustibles a la puerta del colegio; pero lo cierto es que no ardió, y por la misma razón que el vecino, o sea de San Pablo, porque la campana, los disparos y grito del próximo Seminario paúl distrajo a los malhechores; y así el colegio dominico escapó ileso (2).

(1) El P. Pablo Recolons me hizo este relato en Barcelona a 9 de noviembre de 1880, y en otras fechas hablamos nuevamente.

(2) Relación del fraile de esta casa Padre don Pedro Palau, en La Geltrú, de donde fué párroco después.

Desbordada la chusma, puso en peligro en aquella revolución también a personas seglares. Don José María de Magarola, hijo segundo de la noble casa de este nombre, había sido Comandante de un batallón de voluntarios realistas de Barcelona y del de Villafranca del Panadés. Los incendiarios por esto quisieron quemarle la habitación, que la tenía en un segundo piso de la calle del Conde del Asalto; empero el inquilino del piso primero, el pedagogo Don Agustín Miracle, al que yo mucho traté, salió y habló a los agresores, manifestándoles que no perjudicarían a solo Magarola, sino que le destruían a él; y con esto se retiraron (3).

Cerca de Santa Catalina vivía una santa mujer con su familia compuesta de su madre y una hermana. Algunos frailes frecuentaban la casa, de donde vino el odio de los revolucionarios, el cual hizo que la motejaran de ramera de los frailes, y que en la nefasta noche intentaran incendiarle la habitación. Mas también aquí los vecinos, interesados como ella en salvar la casa, emplearon todo su empeño en evitar el incendio, y lo evitaron (4).

Al pasar la turba por frente la noble casa de Sagarra, de la calle del Carmen, rompió los cristales de sus balcones, sin duda por tenerla por carlista (5). Vengan luego los autores revolucionarios pregonando, como lo hacen, que en aquella noche no hubo desmán alguno.

ARTÍCULO CUARTO

LA REVOLUCIÓN Y EL AYUNTAMIENTO

El papel que en estos acontecimientos desempeñaron los representantes del pueblo, o sea los individuos del Ayunta-

(3) Lo tengo de boca del hijo de Magarola, el sacerdote Dr. D. Ramón de Magarola y de Sarriera. Barcelona 4 de junio de 1887.

(4) Me lo dijo la misma señora en Barcelona a 17 de abril de 1888.

(5) Me lo dijo un hijo de la casa.

miento, y cuáles fuesen sus sentimientos, nadie podrá explicárnoslos con más exactitud ni autoridad que el acta de la sesión permanente que durante aquella terrible noche celebró el municipio. Hela aquí:

«En la Ciudad de Barcelona y dicho día de veinte y cinco de Julio de mil ochocientos treinta y cinco: Consecuente á aviso que los SS. D. Rafael M.^a de Duran y D. Joaquin de Mena reunidos en estas casas consistoriales á las siete menos cuarto de esta tarde han comunicado por medio de un portero al Sor. Decano Marqués de Llió del desórden ocurrido en la funcion de la plaza de toros, que há cundido dentro de la Ciudad, para que en su virtud se reuniera el Escmo. Ayuntam.^{to}, se verificó así por disposicion de dicho Sor. Decano con asistencia de los Señores continuados al margen bajo la presidencia del mismo Sor. de Mena, quien enseguida ha manifestado que de esta disposicion había dado aviso al Sor. Gobernador militar por medio de un Alguacil espresándole que estaría pronto el Ayuntamiento á cumplir las órdenes que se sirviese comunicar.»

El Ayuntamiento se declara en sesión permanente. El diputado del Común Don Tomás Illa dice que «el Gobernador militar le acaba de dar orden que dijese al Ayuntam.^{to} haga publicar un bando á fin de que la gente se retire á sus casas. Se acordó así estendiéndose y aprobándose el bando en estos términos: De orden del Sor. Gobernador interino se manda á todas y cualquiera personas que inmediatamente de publicado este pregon se retiren á sus casas á fin de que los mal intencionados no tengan pretesto alguno de alterar la tranquilidad pública, previniéndose al mismo tiempo que todo grupo que se viere en las calles que pase de cinco personas, en el caso de resistir á separarse, lo será por la fuerza armada y las personas que se aprendan puestas á disposicion de la Autoridad competente.

»Entraron los SS. Gobernador civil y

»Decano del Ayuntamiento, y este último espresó que acababa de venir de Atarazanas donde se hallaba el Sor. Gen.^l encargado actualmente de la Capitanía Gen.^l, el Sor. Gobernador militar interino y el Sargento mayor de la Plaza, que á más de haber observado que dicho Sor. Gobernador militar había mandado salir la artillería y caballería entendía que aquellos Gefes habían dicho que no era necesaria la publicacion del bando. El Sor. Gobernador Civil opina por la publicacion, y acorde el Escmo. Ayuntamiento.^{to} con sus ideas, resuelve que se remita al Sor. Gobernador militar con oficio acompañatorio, conforme se ha verificado acto continuo, manifestándole que el Cuerpo Municipal cree que en las actuales críticas circunstancias debiera publicarse como bando militar, pero que sino obstante no lo juzga así Su Señoría, tiene pronto el Ayuntam.^{to} el pregonero, quien saldrá á publicarlo luego que se remita una fuerza suficiente para su custodia, mandando en consecuencia el Ayuntamiento que dicho pregonero y el prohombre del Gremio de corredores de pelfe Salvador Lletjós, llamados preventivamente de antemano, subsistan en estas casas consistoriales hasta nueva disposicion.

»Siendo como las diez de la noche se han presentado diferentes Alguaciles de los destacados á varios puntos de la Ciudad para observar los movimientos y dar aviso de ello y de si las casas ó conventos de los Religiosos, contra quienes parece se dirige el ataque particularmente, estaban defendidos con alguna fuerza y si hay ó no patrullas por las calles; y de los tres partes verbales que recibe el Escmo. Ayuntam.^{to} de dichos dependientes resulta que hay fuerza colocada cerca de los conventos y que cruzan patrullas por las calles, en las cuales á pesar de estar incendiados varios conventos se observa tranquilidad.»

«A las doce menos cuarto se há retirado el Sor. Gobernador Civil.»

»En este estado se há ocupado eficaz-

»mente el Escmo. Ayuntam.^{to} en ver si
»podría en algun modo cooperar á res-
»tablecer el orden público; pero su celo
»se ha frustrado teniendo entendido que
»todas las providencias en que atinaba
»estaban ya tomadas por la autoridad
»militar.»

El gobernador militar dice que se publi-
que el bando y que mandará fuerza para
la publicación.

«A la una y cuarto de la noche aun no
»había parecido esta fuerza, ni menos las
»bombas que se habían mandado llamar
»de antemano, no habiendo podido lograr-
»se más reunion que la de unos siete indi-
»viduos, de los cuales se presentó uno,
»espresando que habiendo acudido en
»virtud del llamamiento al punto más
»próximo del incendio habia sido apalea-
»do por la multitud a pretesto de que iba
»á apagar el fuego de los conventos.

»Sin embargo constante el Ayunta-
»mi.^{to} en sus adoptadas providencias há
»dispuesto que se llamaran de nuevo los
»bomberos y que así estos como todos los
»útiles que tiene á su disposicion se pon-
»gan en movimiento.

»A la una y media han sido llamados
»al R.¹ Palacio de orden del Mariscal de
»Campo D. Cayetano Saqueti el Sor. De-
»cano y el Sor. Regidor D. José M.^a de
»Llinás, quienes salieron para dirigirse
»al punto del llamamiento.

»Con noticia que se ha recibido de que
»de resultas del fuego pegado en los con-
»ventos peligraban y aun empezaban á
»arder algunas casas de particulares con-
»tigüas á aquellos, acuerda el Escmo.
»Ayuntam.^{to} se llamen á todos los Alcal-
»des de Barrio para prevenirles que au-
»siliandose de algunos vecinos honrados
»procuren cortar el fuego, y que se reite-
»ren los avisos á los bomberos y demás
»dependientes de costumbre para que
»acudan á donde sepan sea más urgente
»la necesidad.

»De resultas de la procsima antecedente
»disposición há tenido noticia el Ayun-
»tam.^{to} que varios Alcaldes de Barrio
»están trabajando á favor del orden en

»diferentes puntos y así continua Su Es-
»cel.^a en sesion permanente.

»A las tres menos cuarto se ha dispues-
»to llamar por los Porteros á los Prohom-
»bres de carpinteros y cerrajeros y á
»cuantos individuos de estos oficios pue-
»dan reunirse para que vayan á observar
»y operar á fin de impedir á lo menos
»que el fuego comunique á las casas veci-
»nas, sino es posible hacer otra cosa,
»mandando el Escmo. Ayuntam.^{to} que
»desde luego sean conducidas las bombas
»y útiles disponibles á los puntos neces-
»rios conforme se ha verificado.

»A las cuatro y cuarto de la madrugada
»volvieron los SS. Decano y de Llinás los
»cuales manifestaron al Escmo. Ayun-
»tam.^{to} haberse celebrado junta de Au-
»toridades en el R.¹ Palacio, la cual ha
»dado las disposiciones convenientes para
»que cada uno por su parte disponga el
»cumplimiento de las que le competen
»encargando al Escmo. Ayuntam.^{to} que
»procure el exterminio del fuego, lo que
»se está ya practicando segun las dis-
»posiciones dadas dirigiendo personal-
»mente las operaciones particulares en
»varios puntos diferentes SS. Concejales
»y en especial los del ramo de obrería
»que habían salido al intento con las bom-
»bas y útiles» (1).

Los hechos van descubriendo el plan, y
a cada momento quedará más patente el
de aquellas autoridades que estaban en
connivencia con los tramadores del incen-
dio. Consistía este satánico plan, a lo que
se ve, en dejar unas horas libres a los
ejecutantes para que incendiaran y mata-
ran; pasadas las cuales, se reprimiera el
motín. Así se ejecutó, y la fuerza pública,
inactiva durante toda la noche, obró con
decisión en la madrugada. No creo que el
Ayuntamiento entrara en esta terrible
connivencia. De las transcritas palabras
del acta aparece su buen deseo de evitar
el fuego. En su lugar pasaremos el debido
balance de responsabilidades.

(1) Archivo municipal de Barcelona.—Acuer-
dos. Segundo semestre. 1835. Folios de 555 a 560.

ARTÍCULO QUINTO

ASPECTO DE LA CIUDAD

El tristemente memorable 25 de julio de 1835 fué día caluroso, claro y sereno, y en el orden material brilló su pura atmósfera (1) tanto cuanto en el moral fueron negras las tinieblas de su sacrilego ciimen. Todo el mundo se dispuso para asistir, y asistió, al espectáculo, aquí entonces nuevo, de los toros; del cual surgió el tremendo del incendio de los conventos. Muy pronto el arrastramiento del toro dió lugar a corridas (*corredisas*) en la Rambla (2), y después al cierre de las tiendas y retirada precipitada de las gentes pacíficas a sus viviendas; quedando así casi desiertas las calles.

He aquí notables palabras con que describe este primer aspecto de la revuelta un entonces niño que, de la mano de su ama, o niñera, regresaba de un paseo por la montaña de Montjuich: «El trayecto desde la puerta de Santa Madrona hasta la Rambla, teniendo á la derecha el cuartel de Atarazanas y dejando á la izquierda la que se llamaba el *Pes de la palla*, lo atravesamos con dificultad; pues la gente venía corriendo desde la Rambla de Santa Mónica en direccion á la Muralla.

«Al llegar á la Rambla que estaba ya completamente despejada, presencié un espectáculo que no se ha de borrar de mi mente. Cuatro ó cinco soldados de caballería á todo escape, saliendo del fuerte de Atarazanas, eran la causa de aquella confusión. Pertenecían al escuadrón llamado de dragones, que vestían casaquilla amarilla. Su casco reluciente y su cola de crin les daba cierto aspecto de ferocidad que me encantaba.

«¿A donde iban aquellos dragones?

«¿Cual era su mision?... Yo nunca he intentado averiguarlo; antes bien tengo la conviccion de que nadie, ni ellos mismos, sabían cual era su cometido en aquellos críticos momentos» (3).

Que las calles quedaron desiertas nos lo testificó arriba Don Pedro Subiranas, quien, también regresando de paseo, atravesó lo entonces mejor de la Ciudad; y me lo testificaron otros.

Cerróse igualmente el Teatro (4), que otra cosa no permitía el estado de los ánimos de la población. Es inútil decir que se cerraron las iglesias de regulares, y es natural pensar harían otro tanto las parroquiales. Discurrían por las calles y plazas ya cortas comisiones de incendiarios que en silencio, y con temor de ser conocidos, ponían fuego en los cenobios, ya después de ellos grupos de energúmenos de siniestro rostro, con niños pilletes y mujeres públicas, todos en mangas de camisa o abundando los vestidos blancos. Unos levantaban en alto sus incendiarias antorchas; otros llevaban las botellas de líquidos inflamables; los más armados de traidoras armas, puñales, navajas, tijeras, garrotes, leznas de zapatero, etc. Silbaban, gritaban, prorrumpían en roncadas voces de exterminio: «¡Viva la libertad! ¡Mueran los frailes! ¡Fuego, fuego, que arda!»

Muy pronto de una casa religiosa se levanta humo, y en seguida llamas, y luego de otra; y muy luego son cuatro las que arden. Las llamas, mal contenidas bajo las techumbres de los templos o conventos, brotan furiosas por los ventanales, y a poco, por su gran fuerza vencedoras de las techumbres que las oprimían, logran derrumbarlas, y potentes elevan hasta las nubes sus rápidos remolinos. La atmósfera continuaba en aquella noche de julio tranquila como su día,

(1) D. José Mariano Riera y Comas. *Misterios de las sectas secretas*, tomo IV, pág. 334.

(2) Vió las corridas el lego camilo D. Francisco Calvet, que aquella tarde había salido a paseo. Barcelona 27 de junio de 1881.

(3) Un señor M. *Diario de Barcelona* del 8 de febrero de 1908, págs. 1666 y 1667.

(4) Me lo dijo el abogado D. José Bohigas, que al iniciarse la revolución se vestía para asistir a la función. Barcelona 21 de diciembre de 1888.

y así el fuego subía recto e iluminaba el cielo, que por el fulgor de tantos y tan grandes incendios quedó completamente rojo, y la ciudad clara como durante el día. Aparecieron los terrados poblados de expectadores, unos satisfechos, otros indiferentes, otros profundamente consternados, pero afligido todo hombre de recto juicio. Varios de los testigos me calificaron de aterrador el espectáculo (1).

Inmensa ansiedad y zozobra se apoderó del ánimo de los que tenían deudos en los claustros; unos temiendo por sus amigos, otros por sus parientes, quién por sus hermanos, quién hasta por sus hijos, cuyos paraderos y suerte ignoraba. En la Riera del Pino, hoy calle del Cardenal Casañas, cerradas las tiendas, veíase una abierta con el velón encendido sobre la mesa. Era del barbero cirujano, a quien yo he tratado, Don Liborio Bofarull. Estaba casado con una viuda, madre del Padre Joaquín Martí, franciscano, que también conocí; y la tienda continuaba abierta, porque esperaba la llegada de la angustiada madre que corría por la ciudad buscando a su hijo fraile. Y por señas que la casa recibió en aquel acto una visita nada halagüeña. Pasaba por allí un grupo incendiario, y el que lo capitaneaba, el francés Mr. Alibaud, entróse en la tienda para en el velón de ella (entonces no había gas) encender el cigarro. A la sazón dijo Alibaud: «Al Pino». Bofarull, deseando salvar del incendio a su parroquia, le dijo: «¿Y á que van VV. al Pino? Allí no hay ni frailes, ni nadie: solo lograrán quemar paredes». Replicó Alibaud: «Tiene razón. Vamos á San Agustín». Y pronto ardió San Agustín (2).

Como la familia Bofarull, muchas otras sufrían angustias a par de agonía.

Si la vista quedaba deslumbrada con el rojo resplandor de las llamas, que en algunos puntos subían sobre el nivel de los terrados otro tanto de lo que era la altura de sus edificios, el oído percibía el continuo y lastimero campaneó de los conventos que pedían auxilio; sonido que malamente se mezclaba con los aullidos o gritos de las turbas que pedían sangre inocente.

El hombre de noble corazón, en esa lucha entre el asesino y la víctima, giraba en torno suyo los ojos justos y caritativos, buscando un socorro; veía acercarse patrullas, ya de infantería, ya de caballería, y aun al mismo Gobernador militar de uniforme; pero las más de las patrullas y el Gobernador militar pasaban tranquilamente, dejando en paz a los agresores, y por lo mismo autorizándoles con esta su presencia, cuando no con su palabra.

¡Cruel espectáculo! ¡Ver perseguir de muerte a inocentes con anuencia de los encargados de la justicia, y por lo mismo sin remedio!

Aspecto aterrador el de nuestra ciudad. Repitamos la pincelada de arriba del Padre José Güell, trinitario: «Las turbas de los asesinos é incendiarios iban y venían: la tropa pasaba de cuando en cuando, sable en mano la caballería, pero sin sablear á nadie. Decían *retirarse*, pero se retiraban para volver apenas había pasado la tropa. Oíamos campanas, y un grande ruido confuso; correrías de asesinos, de tropa, gritos, campanas hasta muy tarde».

Todo el mundo en aquella noche se creía con derecho para matar al que él creyera reo del grave crimen de ser fraile; y los pobres fugitivos eran perseguidos y acosados como conejos: desenfreno del que no sólo resulta la gravísima injusticia de la muerte de los sin causa perseguidos, sino también que, tomándose por fraile a quien no lo era, nadie gozaba de seguridad. Muy pronto aparecieron tristes efectos de tal desenfreno. Don Ramón Reixach, en el lugar citado del

(1) Entre los varios D. Joaquín Rubió y Ors. Barcelona 18 de junio y 5 de julio de 1880.

(2) Me lo contó mi querido amigo el canónigo D. Esteban Pibernat, quien lo había oído, no una, sino muchas veces, de boca del mismo don Liborio Bofarull. Barcelona 15 de enero de 1900.

Llano de la Boquería, a eso de media noche, vió pasar en literas dos o tres cadáveres que eran llevados al Hospital. En la Rambla de Santa Mónica, a cosa de la mitad del trecho desde el Teatro a la iglesia de esta Santa, formóse de pronto un grupo, oyóse el terrible grito de «¡matarle, matarle!», sonó un tiro y el agredido cayó muerto. Allí quedó el cadáver hasta la siguiente madrugada (1). Un fraile halla al capitán de Milicia señor Moradillo, y le pide que le salve. El miliciano, llevado del mejor deseo, observa al fraile que corre peligro si se mueve; pero el fraile insiste, y así juntos salen de donde estaban, y caminan juntos también hacia Atarazanas; pero al llegar frente del Teatro, sin respeto al uniforme de Moradillo, el religioso, abrazado al miliciano, es asesinado a puñaladas (2).

Contóme el tantas veces citado aprendiz que cerca de la media noche estuvo con una turba frente el convento de Santa Catalina. Que los incendiarios, deseos de poner fuego a esta casa, acudieron a la panadería del mismo convento, que estaba en la calle de Freixuras bajo la obra nueva de él, junto a la fuente, acudieron, digo, en demanda de fajina. Los panaderos, de apellido Monné, se negaron a darla. Es de advertir que bajo del convento corría allí una fila de tiendas que abrían a la calle cada una una puerta y al lado una ventana. La turba, que se componía de unos nueve o diez alborotados, irritada por la negativa, trató de vengarse rompiendo los cristales de la ventana; pero como éstos venían defendidos por una reja y una red de alambre, valiéndose de palillos que introducía por las mallas de la red. Allí cerca estaba mirándolo un sujeto, de unos cincuenta años, que vestía pantalón blanco, chaqueta de

pañó azul turquí, y sombrero. De pie, apoyado en un bastón que tenía arrimado al costado, observaba, y en su espíritu condenaba el hecho, de modo que dirigió a los malhechores algunas palabras para contenerles en el atropello contra la panadería. Esto bastó para que los revoltosos dijeran: «¿Si será un paparra?» Quiso él defenderse de los dictados que se le daban. Entre los amotinados hallábase uno de los tres hermanos, exaltados, conocidos por el apodo de *Madecul*; quien saca su estoque y golpea al hombre de la chaqueta azul, y luego le golpean otros, hasta que el dicho *Madecul*, encontrándose en la misma calle de Freixuras, a unos diez pasos de la actual de Lacy, le pasa con el estoque por el vientre, yendo el pobre hombre a morir en la calle Baja de San Pedro frente una panadería que había, llamada *Forn dels Coloms*. Dada la estocada, el aprendiz, afectado, se retiró sin ver el fin de la tragedia. El hombre de la chaqueta azul, el acusado de *paparra*, la víctima, era el mozo de Don Mariano Borrell, del *Bacallané*, del empresario de la plaza de toros. ¡Justicia revolucionaria! (3).

El *Madecul*, después de esta fechoría, fué por muchos años guarda de consumos, y al fin enloqueció. Loco, infirióse con una navaja una grave herida, y murió. Los hermanos *Madecul* en el período constitucional de 1820 al 1823 se habían ya señalado por su exaltación, de modo que otro de ellos, en un bautizo en Santa María del Mar, pegó un bofetón al Teniente del cura, y por ello en tiempo del Conde de España paró en presidio (4).

Confrontando esta relación del aprendiz con la del Padre Pablo Recolons de los Camilos o Agonizantes insertada al final del artículo anterior, no queda duda de que ambas se refieren a la misma víctima. El aprendiz vió el comenzar de la tragedia, el Agonizante la terminación.

(1) Relación de D.^a María Campins, que lo vió. Barcelona 18 de enero de 1888.

(2) Relación del otro capitán de milicia el notario D. Constantino Gibert. Barcelona 27 de abril de 1880.

(3) Me lo contó detenidamente el mismo aprendiz.

(4) El mismo aprendiz.

En la misma calle de Freixuras fué perseguido un fraile carmelita descalzo, quien también desembocó en la Baja de San Pedro. Manando ya sangre, quiso esconderse y entróse en la tienda almacén de aceites de un señor Maimí, número 17 actual; sacáronle de allí los pilletes que le seguían, y allí mismo lo mataron (1), según muy por lo largo veremos al tratar abajo de la otra tragedia que se desarrolló en aquel acto.

En la entrada de la calle del Hospital, a siete u ocho pasos de la Rambla, al pie de la acera septentrional, abríase en el suelo una gran boca de la cloaca, o sumidero, destinado a engullir las aguas pluviales, sumidero que yo recuerdo perfectamente. Allí en aquel sumidero, que estaba defendido por una reja, aquella noche fué asesinado un fraile, y lo fué con peinetas, y no faltarían navajas. Me consta por un individuo de la droguería de enfrente llamada de Ventats, cuya hija mayor se conmovió tanto al ver aquel crimen, que enfermó, o se puso delicada, y por las cercanías de Navidad siguiente murió (2).

Don Ramón Nivera, hombre muy deseoso de ver y conocer los acontecimientos públicos, empleó por este deseo la noche en correr de un lado a otro de la ciudad. Con tres amigos pasaba entre las tres y las cuatro de la madrugada por la calle del Arco de San Agustín, y uno de ellos coge del suelo un envoltorio, diciendo: «amigos, he hallado un tesoro». Entre los cuatro amigos, y en presencia de una veintena de circunstantes, desenvuelve el lio, y halla dentro un pie humano, que fué dejado allí mismo. Lo tengo de labios del señor Nivera (3). Y recuerdo haber oído contar que un canalón de un tejado

de aquella calle manó sangre (4). Procedería sin duda del asesinato de Fray Manuel Carrera, muerto en un vecino terrado. Hasta, pues, por los terrados se perseguía a los frailes.

Nivera y sus amigos, despuntando ya el día, se dirigieron a la Rambla, y de allí a la calle del Call, donde vieron a un grupo de unos diez o doce hombres que perseguían a otro que huía y sorteaba la persecución. «Ha pegado por aquí», decía uno. «No, no, sino por ahí», observaba el de más allá. Era un fraile vestido de seglar. Salía de la calle del Arco de San Ramón al Call. Al fin alcanzado, gritaba: «Por amor de Dios la vida, la vida por amor de Dios». Frente la calle de Santo Domingo del Call cayó muerto principalmente por obra de pedradas, como perro rabioso.

Ya en la mañana siguiente, hallándose el mismo señor Nivera en la plaza del Teatro Principal, junto a la antigua fuente llamada *del Vell*, hoy monumento de Soler, vió acercársele una turba de chiquelos de corta edad, quienes, dando gritos, hacían rodar a puntapies un objeto. Llegó este objeto cerca de Nivera, y entonces éste lo meneó con la punta de su bastón para ver qué era. Vió el cerquillo del fraile, y con esto y la forma conoció que era una cabeza humana. Tenía un ojo abierto y otro cerrado, el cabello negro denunciaba un joven, y la suciedad que le cubría el buen rato que servía de brutal juego a los muchachos, a los cuales nadie reprendía ni alejaba (5).

No una, sino mil lenguas cuentan en Barcelona la trágica muerte del Padre Maestro Segismundo Riera, que menté arriba, jefe del Colegio de San Raimundo y San Vicente, de frailes dominicos, si-

(1) Relación del hijo del Sr. Maimí, Don Pascual. Barcelona 16 de febrero de 1882. D. Pascual presenció el acto e intervino.

(2) Me lo contó una hermana de la difunta. junio de 1885.

(3) Barcelona 31 de marzo de 1882.

(4) Relación de un señor Ráfols que vivía en la próxima calle del Hospital.

(5) Me contó Nivera estos hechos en Barcelona a 31 de marzo de 1882. Parece que Dios le dió aquella curiosidad para que otro día me sirviera de testigo.

tuado en la calle de San Pablo, esquina a la de Robador: venerable sacerdote que, traicionado por quien le había dado hospitalidad, fué muerto. Otro cadáver se vió en la misma calle, al decir de un anciano.

Para evitar repetición de noticias callo aquí y paso por alto los asesinatos y heridas de otros religiosos, perpetrados en las calles, porque, al describir en el capítulo próximo siguiente los sufrimientos de cada una de las comunidades, su narración tendrá lugar más apropiado. Y a tanto interfecto hay que juntar el asesino muerto por terrible golpe dado contra la barra de hierro de la Boquería.

He aquí, pues, el aspecto de Barcelona en aquella miserable noche: humo por todos lados, siniestra iluminación por los incendios, calles desiertas de gente honrada, grupos de asesinos e incendiarios con los brazos arremangados y los puñales en las manos, gritos criminales, persecución de indefensos, asesinatos a capricho de los ruines y viles dueños del campo, patrullas de tropa de las que las más miran indiferentes el crimen, edificios que crujen y se derrumban, la casa de Dios horriblemente profanada, el sacerdocio vilipendiado, llanto acerbo de los amigos de la Iglesia Santa, y gozo cruel de los emisarios de Satanás. *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum.*

No debo terminar este artículo sin copiar las siguientes palabras del revolucionario Raull encomiando el crimen y casi casi graduándolo de acontecimiento protegido por la Providencia: «Mientras

»que en una parte de la ciudad ardían
»algunos conventos y se incendiaban en
»la otra, el furor no declinaba en ninguna:
»antes a manera de tempestad, volviendo
»y revolviendo a diversas partes sus recí-
»procos combates todo lo llenaba de in-
»quietudes, por la facilidad con que podía
»prender el fuego en las casas. Y cosa
»verdaderamente rara, a pesar de que
»fueron incendiados seis conventos; el de
»Carmelitas descalzos, el de Carmelitas
»calzados, el de Dominicos, el de Trinita-
»rios descalzos, el de Agustinos calzados
»y las puertas del de los Mínimos, nin-
»guna casa particular sufrió el menor
»daño; ni nadie fué oprimido de la ruina
»de los fragmentos que caían y volaban
»de una á otra parte, ni recibió la menor
»herida con los encuentros y choques de
»unos con otros, llevando todos emplea-
»das las manos con varios instrumentos,
»en tan confuso tropel». (1). ¿Y las heridas
sufridas por los que atacaban el Seminario, y la muerte del hombre de la barra de la Rambla, y el asesinato del mozo de Borrell en la calle Baja de San Pedro, y la puñalada dada a Don Mariano de Sagarra, y... nada fueron? Así escriben la Historia los enemigos de la verdad, y a estos absurdos y crímenes de la pluma hay que llevar cuando se pretende panegirizar un delito. Sólo a Raull le faltaba añadir la blasfemia que parece deducirse de sus palabras, de que la Providencia estaba con los incendiarios.

(1) *Historia de la conmoción de Barcelona...*
págs. 35 y 36 en ambas ediciones.

